COLECCIÓN PRE-TEXTOS

UNIVERSIDAD CATÓLICA de Colombia
Vigilada Mineducación

AGAPANTO y otros relatos

AGAPANTO
y otros relatos

UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

Ospina Villamarín, Harbey David

Agapanto y otros relatos / Harbey David Ospina Villamarín... [y otros once].— Bogotá: Universidad Católica de Colomba, 2020.0

92 páginas ; 14 x 18 cm —(colección Pre-textos)

ISBN: 978-958-5133-74-7(digital)

I. Título II. Serie III. Méndez Suárez, Laura Valentina IV. Gómez Suárez, Luisa María V. Romero Ramírez, Víctor Augusto VI. Moreno Piñeros, Tatiana Elisa VII. Bermúdez Moreno, Geraldine VIII. Santiago Avendaño, Edisson IX. Del Castillo Toro, Doménica Marcela del X. Botero Vega, Sebastián XI. Vargas Ortega, Cristian Camilo.XII. Corredor Forero, Divis Astrid XIII. Aparicio Becerra, Miguel Ángel; Cifuentes Avellaneda, Ángela (editora)

1. Literatura colombiana 2. Cuentos juveniles

Dewey 808.899282 SCDD ed. 21

© Universidad Católica de Colombia
© Ángela Cifuentes Avellaneda (Editora)
© Harbey David Ospina Villamarín
© Laura Valentina Méndez Suárez
© Luisa María Gómez Suárez
© Víctor Augusto Romero Ramírez
© Tatiana Elisa Moreno Piñeros
© Geraldine Bermúdez Moreno
© Edisson Santiago Avendaño
© Doménica Marcela del Castillo Toro
© Sebastián Botero Vega
© Cristian Camilo Vargas Ortega
© Divis Astrid Corredor Forero
© Miguel Ángel Aparicio Becerra

Bienestar Universitario
Diagonal 46A # 15B-10
Sede El Claustro
bienestar@ucatolica.edu.co

Primera edición, Bogotá, D. C.
Junio de 2021

Editorial
Av. Caracas # 46-72, piso 5
editorial@ucatolica.edu.co
www.ucatolica.edu.co

Dirección editorial
Stella Valbuena García

Coordinación editorial
María Paula Godoy Casasbuenas

Corrección de estilo
John Fredy Guzmán

Diseño y diagramación
Juanita Isaza Merchán

Ilustraciones
Nohora Stella Torres Mesa

Publicación digital
Hipertexto Ltda.
www.hipertexto.com.co
Bogotá, D. C., Colombia

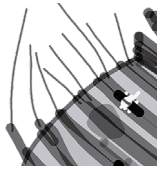
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo del editor.

Hecho el depósito legal
© Derechos reservados

Impreso y hecho en Colombia

Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

CONTENIDO



PRÓLOGO 11

CUENTOS

AGAPANTO 11
HARBEY DAVID OSPINA VILLAMARÍN

TRASCENDENCIA HUMANA 17
LAURA VALENTINA MÉNDEZ SUÁREZ

GIRO A LA GLORIA 23
LUISA MARÍA GÓMEZ SUÁREZ

¡AY, FLORENCIA! 31
VÍCTOR AUGUSTO ROMERO RAMÍREZ

¡VUELA! 37
TATIANA ELISA MORENO PIÑEROS

LO QUE EXISTE DETRÁS DE LAS PUPILAS 43
ÁNGELA CIFUENTES AVELLANEDA

EL ARCOÍRIS DE SER 49
GERALDINE BERMÚDEZ MORENO

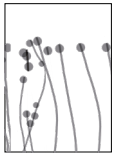
LA VIDA EN BLANCO Y NEGRO 57
EDISSON SANTIAGO AVENDAÑO RODRÍGUEZ

Cynthia Alicia: ella teje su mortaja y suspira 63
Doménica Marcela del Castillo Toro
Distopía binaria 71
Sebastián Botero Vega

Poemas

La razón de ser polvo 79
Cristian Camilo Vargas Ortega
Malabarismo 81
David Ospina Villamarín
¿Por qué te niegan, abuelo? 83
Divis Astrid Corredor Forero
Plenitud y vida 85
Miguel Ángel Aparicio Becerra
Otra perspectiva 87
Edisson Santiago Avendaño Rodríguez
Bogotá 89
Luisa María Gómez Suárez

PRÓLOGO



Durante una entrevista, le preguntaron a la que sería la ganadora del premio Nobel de Literatura en el 2013, Alice Munro, si desde siempre supo los temas sobre los que iba a escribir. La canadiense contestó: *No sabía el tipo de cosas que iba a escribir, pero sí sabía que iba a escribir.*

En la creación narrativa, enfrentarse a la hoja en blanco es uno de los momentos más desafiantes. Superarlo requiere de tenacidad y resistencia. El ejercicio de escribir puede iniciar por el deseo de expresar o comunicar, pero para quienes esperan mantenerse en él, el deseo debe convertirse en necesidad. Y es que si bien, como lo dice Munro, no siempre se sabe de qué va a tratar o en qué va a resultar lo que se escribe, lo que sí se debe tener claro es que se va a escribir. Así, el acto creativo requiere de perseverancia y un encuentro íntimo del escritor consigo mismo; el talento es importante, pero sobre todo lo es la constancia y la búsqueda de detonadores para la creación de historias y de personajes.

Escribir, entonces, no es un acto fácil o simple, pero su dificultad no necesariamente recae en el lugar de lo incómodo; al contrario, la escritura otorga una serie de oportunidades al escritor para conocerse más, o para interpretar a fondo cómo se percibe o se relaciona el sujeto con su historia y su entorno.

La palabra escrita despliega la intimidad del escritor como un ejercicio de liberación. Quienes alientan su pluma para grabar ideas, experiencias, emociones, tras superar el temor de la hoja en blanco, abren nuevos senderos para que el lector transite por ellos. El ejercicio de la escritura creativa constituye por sí solo una posibilidad para habitar poéticamente en el mundo.

En particular, en tiempos de pandemia, la escritura creativa puede, además de ser un placer, como el de plantar un jardín —metáfora del escritor japonés Murakami—, un acto de resistencia y sanación. La pandemia ha significado múltiples retos para la mayor parte de las personas, pero especialmente sobre los jóvenes se han levantado varias alertas por la afectación en su salud mental. Escribir en este tiempo puede tener una función terapéutica, es una oportunidad para repensar la relación que se tiene con uno mismo, sanar y reconciliar en el silencio.

Agapanto y otros relatos es la cuarta publicación de la serie *Pre-textos* de la Universidad Católica de Colombia. Un producto del trabajo creativo de los estudiantes de la electiva *El arte de escribir y la creación de mundos* de Bienestar Universitario. Este volumen constituye sobre todo un acto creativo de varios autores, quienes, como Munro, en un inicio probablemente no sabían muy bien sobre qué iban a escribir, pero tuvieron la templanza para iniciar y finalizar sus relatos. La recreación de sus ideas se plasma en esta antología de diez cuentos y seis poemas, con la intención de promover espacios para la divulgación de la escritura juvenil e influir en el fortalecimiento de hábitos de lectura.

Con el ánimo de interesar a los lectores en estos relatos, presento a continuación un breve comentario sobre cada uno. "Agapanto", el cuento que da nombre a esta publicación, es una interesante propuesta de escritura en la que el tiempo tiene un papel protagónico: la nostalgia de la vejez y su contraparte, la juventud, se abre paso ante los ojos de un pequeño pajarito encerrado en su jaula. Es un cuento de lo cotidiano, la enfermedad, la muerte y el renacer.

"Trascendencia humana", un relato de misterio con tintes de ciencia ficción donde se mezcla la realidad y el sueño de una mujer que recuerda en su niñez un extraño objeto volador. "Giro a la gloria" posee una estructura narrativa dinámica que jugará con la capacidad de empatía de los lectores para acercarse a un grupo de balones que sueñan con ser el balón del próximo mundial de fútbol. El ingenio de esta historia es una muestra ejemplar de la capacidad creativa juvenil.

"¡Ay, Florencia!" es una reflexión sobre las adversidades de la memoria y los fantasmas del pasado que persiguen a un personaje que huye, tal vez, de él mismo. La nostalgia y el fatalismo ambientan idóneamente este relato. "¡Vuela!", una narración en un mundo al parecer hiperurbanizado donde su personaje central, un halcón, sueña con liberar a los humanos, olvidándose de su propia libertad y de su naturaleza. "Lo que existe detrás de las pupilas" es un breve y singular relato donde su personaje principal mantiene un diálogo consigo mismo, en un estado alterado de conciencia.

"El arcoíris del ser", un relato infantil en el que un unicornio, un pegaso y una alicornia buscan la vida en equilibrio entre el

pueblo y el bosque de las tierras de Loflang; en sus personajes se encuentra la fantasía y la reflexión sobre la necesidad de la armonía y la libertad de ser. "La vida en blanco y negro", un relato psicológico que cuestiona la verosimilitud de la realidad de los escritores y de quienes se dedican a la creación de mundos: en él, un hombre se debate entre lo fáctico y lo fantástico. "Cynthia Alicia: ella teje su mortaja y suspira" es un cuento oscuro ambientado en la ciudad de Leticia, allí los misterios de la selva se manifiestan a través de una mujer que sirve de puente entre la vida y la muerte.

El último relato, "Distopía binaria", de una altísima calidad técnica, pone en el centro la cuestión metafísica del origen de la existencia y el propósito de estar en el mundo. Ambientado en una realidad que podría pensarse distópica, el autor propone una intensa reflexión acerca de los dilemas del destino y la libertad.

Adicionalmente, el lector de este volumen encontrará seis poemas que recurren a algunas ideas vanguardistas de la creación poética en su métrica y estilo, proponiendo potentes reflexiones sobre lo cotidiano y lo simple. En los poemas se construye una mirada acerca de la subjetividad en "La razón de ser polvo"; las percepciones del tiempo en "Malabarismos"; el valor de la experiencia en "¿Por qué te niegan, abuelo?"; el dinamismo de lo cotidiano en "Plenitud y vida"; los nuevos comienzos en "Otra perspectiva"; y la belleza de lo urbano en "Bogotá".

Solo me resta agradecer al equipo de trabajo del área de Bienestar de la Universidad: Liliam Santamaría, Víctor Díaz y Fernando Augusto Montejo, quienes han sido los gestores

y garantes de diversos puntos de encuentro para esta electiva. Gracias a su esfuerzo, cada estudiante ha logrado encontrar un espacio seguro y abierto para la empatía, la creatividad y la narración.

Para finalizar esta introducción, invito a cada lector a que siga ahondando en la búsqueda de los nuevos escritores. Las voces de los jóvenes aquí contenidas son una muestra del espíritu creativo, reflexivo y resistente de aquellos que con perseverancia, y con la escritura como necesidad, se atrevieron a llenar la hoja en blanco y a construir mundos posibles, entregando parte de ellos mismos a los ojos que están a punto de leer los cuentos y poemas que siguen.

Ángela Cifuentes Avellaneda
Docente de "El arte de escribir y la creación de mundos"

AGAPANTO

Harbey David Ospina Villamarín

—¿Qué dice? —preguntó.

—Está muy triste —contestó Úrsula— porque cree que te vas a morir.

—Dígale —sonrió el coronel— que uno no se muere cuando debe, sino cuando puede.

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*

Siendo una mañana, como cualquiera de las muchas que ya había vivido en esta jaula, me vi sorprendido por el destello del sol casi a las 10, ¿las 10?, ¡las 10! No era común que ella olvidara destaparme quitando ese trapo de flores descoloridas que no olían a nada. Este trapo era mi favorito, realmente me cubría del frío y tenía un roto que me dejaba ver aquel reloj café y dorado de grandes números. Cada vez que marcaba las 7, las 7, ¡las 7!, empezábamos a cantar y ella sí que lo disfrutaba.

Viendo el reloj y comprobando que eran las 10:10, Amaranta me saludó con un gesto arrugado y la sonrisa de todos los días. Abrió la jaula y sacó las ramitas picoteadas y ya desabridas de nabo, el tarro del alpiste, las sobras de mi ponqué Ramito, y también ese bebedero de un verde horrendo. No quería que quitara el periódico porque no había terminado de leer la partecita que dejé sin cagar. Ella tomó las primeras hojas de periódico limpio que encontró, no se fijó si tenían grandes imágenes o letra menuda, tampoco sacó del tarro todas las cascaritas de alpiste sobrante, me puso dos ramitas viejas de nabo y olvidó poner mi ponqué Ramito.

Pensándolo bien, ese día salió de afán de la casa. A lo lejos escuché la voz de esa mujer, Margarita, con la que Amaranta a menudo gritaba. Supe que esa noche tendría que aguantar las quejas de siempre:

—Qué berraca preguntadera: que si me tomé las pastas, que si me estoy comiendo todo, que si estoy haciendo los ejercicios y que por qué no le contesto el aparato ese —le decía Amaranta.

En la tarde, cuando llegó, me pareció que no era la Amaranta de siempre: esta vez lucía un color pálido en su rostro, no puso a hacer el tinto de todos los días, tampoco se quedó absorta a ver la novela de las 3, las 3, ¡las 3! Era como si hubiese dejado algo de ella olvidado en el lugar al que salió esa mañana. La vi sentarse en su mecedora y durmió hasta la noche. El reloj café y dorado anunció las 8, las 8, ¡las 8! Se levantó con una paciencia y serenidad que no le conocía, a tal punto que me impacienté al percatarme de su demora para taparme. Era una noche fría.

Pronto entendí que esa noche no sería como las otras, no escuché a Amaranta silbar invitándome a hacer un dueto con ella, tampoco noté que reaccionara con la novela de las 9, las 9, ¡las 9!; ni se actualizó con los últimos chismes del día hablando por teléfono con la vecina. Todo esto me hizo recordar la última noche que vi a Jacinto. Por esos días la casa permaneció por largo tiempo en un silencio absoluto que solo se interrumpía con el llanto de Amaranta y las visitas esporádicas de gente que llegaba con flores: crisantemos, rosas y claveles; sin duda, las que mejor olían eran los narcisos: olían a campo y sol, olían a amarillo. Con ese recuerdo dejé que las horas pasaran y me eché a dormir.

Un grito interrumpió ese sueño, volando bajo un cielo de arreboles que nunca recordé del todo. Era un grito de Amaranta. De él pude identificar algunas palabras: pecho, me duele, respirar, no puedo. Supe que hablaba por teléfono porque gritaba el nombre de Margarita.

—¡Margarita, venga, me está dando algo!

Minutos después dejé de escucharla. No sólo su voz, también eran mudos sus pasos, y el golpecito de la puerta del baño a medianoche nunca llegó. El silencio fue interrumpido por un sonido que no escuchaba desde la última noche que vi a Jacinto, era una ambulancia, ¿sería la misma? Después, todo se convirtió en gritos, fuertes pasos, golpes metálicos y la ausencia de Amaranta. Mi desespero se hizo más grande cuando sólo veía las sombras detrás del trapo y las 12, las 12, ¡las 12! que me mostraba el reloj café y dorado a través del roto. Todo se hizo silencio una vez más.

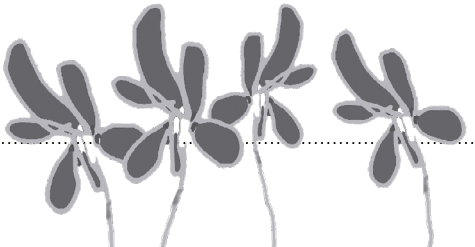
Aquella madrugada de eterna espera recordé a Jacinto, gordo como siempre. Era la 1, la 1, ¡la 1! Siempre con su sombrero. Eran las 2, las 2, ¡las 2! Cantando desafinado *Y luego cuando somos dos, en busca de un mismo ideal, formamos un nido de amor, refugio que se llama hogar.* Eran las 3, las 3, ¡las 3! Con su pocillo rebosante de tinto. Eran las 4, las 4, ¡las 4! Viendo las noticias del mediodía. Eran las 5, las 5, ¡las 5! Su paquete de Mustang rojo en el bolsillo de la camisa. Eran las 6, las 6, ¡las 6!

De pronto escuché la puerta. Pensé que Amaranta estaba de regreso, pero pronto advertí que no eran sus pasos, ni tampoco su llanto, mucho menos su olor; en ese breve instante en el que vi pasar la sombra descubrí que tampoco era su cuerpo, sin duda era Margarita. Pasado un tiempo, el llanto imparable y la pregunta *¿por qué?* fueron la más clara señal de que ni Margarita ni yo volveríamos a ver a Amaranta. Cuando Margarita me quitó el trapo, me permití recordar una vez más a Amaranta.

Cómo me hablaba cada mañana a las 8, las 8, ¡las 8! Cómo cantábamos a las 9, las 9, ¡las 9! Cómo bailaba a las 10, las 10, ¡las 10! Cómo le gritábamos a la mala de la novela a las 11, las 11, ¡las 11! Todos los días hacíamos lo mismo, pero era evidente que ya no sucedería más.

Margarita abrió la jaula de par en par, sacó el periódico sin decir palabra alguna, con un gesto juvenil y sin sonrisa quitó sin mucho cuidado las ramas de nabo y los tarros de agua y alpiste, ahí eché de menos mi ponqué Ramito. Como pudo, puso todo de nuevo en su lugar. Se sentó por unos minutos en la vieja mecedora en la que Amaranta veía la novela, tomaba su siesta y se calentaba en esas tardes de buen sol. Noté que sus ojos vestidos con párpados hinchados me miraron un largo rato, después se secó las mejillas con la manga del saco, quizá se preguntaba qué podía pensar un pájaro en un momento así. Se levantó lentamente y vi cómo caminó decidida hasta mi jaula, uno de sus dedos quería colarse allí, y sin esperarlo me dijo:

—Camine, porque si lo dejo aquí solo, mi mamá me mata.



TRASCENDENCIA HUMANA

Laura Valentina Méndez Suárez

El frío se pegaba a la ventana, había llovido media hora atrás y las gotas aún caían de las hojas de los árboles. El fondo de la tarde era de un gris un tanto tenue, el vapor brotaba del asfalto y se sentía el silencio profundo tras un día agitado.

Allí estaba él, al otro lado de la ventana, con su mirada penetrante, sentir su presencia a diario no me deja estar serena.

—¡Auuuu, auuuuu!

El aullido de ese perro me asustó, no me di cuenta en qué momento me dormí. Me asomé a la ventana y un escalofrió recorrió todo mi cuerpo al ver a ese perro junto al árbol, tal como estaba ubicado ese hombre en mi sueño.

Desde niña, una presencia me persigue en mis sueños, pero a veces ya no sé qué es sueño o realidad. Recuerdo que cuando era pequeña pasaba las vacaciones junto con mis tres primos en casa de la abuela. Una de esas mañanas de juego algo opacó el día, un objeto tan grande que tapaba gran parte del cielo. La angustia nos ganó y con un grito llamamos a mi mamá; al salir, ella se asustó y nos pidió no salir de la casa durante el resto del día. Al amanecer, encontramos la puerta de la casa abierta y todo el césped del jardín quemado; fue una incógnita que nunca logramos entender y que hoy no sé si fue sueño o realidad.

Cuando cumplí diecisiete años, conocí al que es mi esposo hoy. Recuerdo esa fiesta en Madrid donde él hacía parte del grupo de baile. Todo pasó tan rápido: al año ya estábamos corriendo al hospital porque había roto fuente, fue un parto complicado, yo solo sentí cómo perdía mi aliento poco a poco hasta ver todo borroso. Durante mi estado de inconsciencia me transporté a otra realidad, había un muro que me separaba de un hombre extraño y una pequeña ventana que permitía que nos viéramos fijamente el uno al otro. Veía tanto odio en sus ojos, pero solo me dijo: *Ahora no es el momento.*

Sentí una corriente pasando por todo mi cuerpo que me hizo despertar. Al volver a abrir mis ojos, estaba él, mi hijo, Alan. Lloraba desbordadamente, y al tomarlo en mis brazos, sentí cómo todo el miedo se desvanecía, olvidando lo que acababa de pasar.

Después del nacimiento de Alan, decidí quedarme en Madrid. El tiempo transcurría sin ninguna novedad, pero en ocasiones sentía esa presencia a mi lado. Me dolía bastante la espalda y amanecía con moretones que no tenían ninguna explicación. Los sueños extraños jamás cesaron, y aunque intentaba acostumbrarme a ellos, siempre fueron algo que me hacía sentir diferente. Mi hijo Alan también incitaba en mí preocupación. Con cinco años de edad, sus amigos imaginarios parecían normales, pero con el tiempo se convirtieron en su única forma de relacionarse. Yo no comprendía por qué Alan se comunicaba más con lo que no veía que con la realidad. La soledad invadía mi alma cuando le hablaba a Alan sin obtener respuesta alguna, ni siquiera una mirada se conectaba a mis ojos; en cambio, continuaba conversaciones sin sentido con el vacío que había entre él y las paredes de la casa.

Realmente nunca he sentido una conexión con Dios; sin embargo, ha habido ocasiones en las que he elevado eso que llaman plegarias. Una tarde nos reunimos para una cena familiar, un momento para compartir con todos mis primos y tíos, la oportunidad para ver a todos realizados junto a sus familias. En medio de la conversación sobre los recuerdos de la niñez, dije:

—¿Recuerdan aquel día en casa de la abuela cuando jugábamos afuera y ese objeto en el cielo nos opacó el día?

Todos me observaron muy raro. Les volví a repetir y continué:

—Ese día encontramos la puerta abierta y el césped quemado.

—No sabemos de qué hablas, seguramente te lo soñaste —afirmó molesto uno de mis primos.

Al ver los rostros de todos, parecía como si les hubieran borrado ese momento de la mente. En el viaje de regreso a casa, volví junto con Alan, y nuevamente, durante el trayecto, vi a aquel hombre. El tren se fue llenando poco a poco y solo lo podía visualizar de reojo, era un camino largo. Entrecerré los ojos, y al abrirlos era él de nuevo, pero esta vez de su mano tenía a Alan. El hombre me miró sin parpadear, vi cómo poco a poco se alejaron de mí, bajaron de la estación y quedaron parados en la estación; yo seguía en ese tren que conducía a ningún lado, completamente petrificada. De repente, una voz: *Ya llegamos.*

Abrí mis ojos, el tren había llegado a su destino, ya no había nadie. Me levanté tan asustada, y al ver vacía la silla donde estaba Alan, desesperada empecé a gritar; no lo encontraba, el tren ya estaba completamente vacío. Salí y corrí por toda la estación, la angustia me ganaba, miraba hacia todos los lados y no estaba. Las piernas me fallaban, la voz no me salía. Mi pesadilla se hacía realidad. Al dirigirme a la salida vi a Alan junto a un hombre. Corrí y corrí, al llegar Alan ya estaba solo.

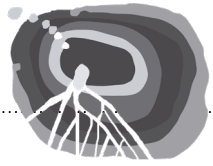
Al caminar a casa, mi hijo y yo no hablamos, lo veía mirar fijamente hacia la nada, perdido, como siempre, en su mente. Al entrar a la casa, encontré a ese hombre sentado esperándome. No pude ni reaccionar.

—Seguramente te has preguntado a lo largo de tu vida quién soy yo. Me llamo Angus, tú y yo tenemos muchas cosas en común,

los misterios de la vida son muchos y están sin resolver. En el pasado, tu abuelo fue un médico muy famoso, muchos lo conocieron, entre ellos yo. Él, podría decirse, era mi médico; pero digo "podría decirse" porque no era un médico para curar: me utilizó como parte de sus experimentos. Finalizada la guerra, tu abuelo decidió tener una familia, se casó con tu abuela y desearon por mucho tiempo tener hijos. Sin embargo, tu abuelo nunca logró realizar su sueño por ser estéril, convenció a tu abuela de aceptar una inseminación de mi esperma y así nació la que es tu madre. Lo interesante de esta historia es que tu abuelo hizo lo mismo con tu madre, él nunca dejó que ningún hombre se le acercara y por esa razón tu madre tomó la decisión de abandonarte cuando eras una niña. Tú, tu madre y yo somos la misma persona. No somos nada más que una pieza dentro de un rompecabezas de experimentos genéticos.

Al instante sentí un leve adormecimiento nuevamente, todo se puso borroso, escuché un estruendo y luego una picazón me invadió en todo el cuerpo. Abrí los ojos de nuevo. Miré a mi alrededor, había cinco personas que solo repetían:

—Ha despertado. Es momento de notificar y pasar a la fase dos.



Giro a la gloria

Luisa María Gómez Suárez

Ahí estaba el número 27, saliendo de la fábrica de balones, envuelto en un plástico con los colores de la bandera argentina. Lo transportaban junto a otros veintinueve candidatos a ser el balón de la gran final del Mundial 2022.

Iban a su última prueba, la prueba de efecto. Se escogerían los cuatro balones que esperan en manos de los recogebolas, y el balón principal, el que sale del túnel a manos del árbitro y que se llevaría un jugador en caso de marcar tres goles.

En el camión, lograba observar a través del plástico al resto de balones, todos blancos, con el número de fabricación marcado en color rojo, pero con el sueño de ser pintados con el logo y fecha de la final. 8 parecía el más tranquilo, había superado siempre de primero las pruebas anteriores y no paraba de alardear acerca de cómo los jugadores de Holanda lo habían recomendado el día anterior como el favorito. Le seguían 27 y 16. Las palabras de 8 aumentaban el nerviosismo de los balones, pero 16, la mejor amiga de 27 y la más tranquila entre todos los candidatos, decidió entonar las canciones de cancha comunes en las hinchadas argentinas para tranquilizar el ambiente. 27 solo le sonrió y poco a poco el resto de los balones se le unieron. Menos 8, furioso porque ya no podía alabarse a sí mismo. 16 sabía que el objetivo de 8 era despertar ansiedad y miedo en los candidatos, y así hacer que se pincharan antes de la prueba.

De repente, el camión se detuvo, haciendo caer unos cuantos balones al piso. Solo se escuchaba la risa burlona de 8. Se abrió la puerta del camión y ahí estaba, imponente, en sus colores azul y amarillo, iluminado por el atardecer y decorado con los colores del barrio caminito, el Alberto J. Armando. "La Bombonera", dijo 27, con voz de asombro, rozando a 16. Enseguida, el sonido de cinco balones que se desinflaron al ver tal escenario. Nuevamente la risa burlona de 8: eran cinco participantes menos. 16 buscó consolarlos, pues, luego de ser

reparados, terminarían en un estante esperando a ser comprados, con suerte por un buen fanático, para rodar sobre canchas de barrio donde el césped se mezcla con tierra que raspa y siempre con el miedo de terminar bajo las ruedas de un auto, como se rumoraba en la fábrica. Algo era seguro: no sentirían el verde césped de la bombonera o de ningún otro estadio, y mucho menos escucharían el grito, sí, el grito de miles de fanáticos cuando luego de un impulso se llega a la red.

Luego de unos minutos de recorrer los pintorescos pasillos del mítico estadio, fueron dejados sobre una mesa con unos pequeños agujeros que evitaban que se rodaran. Los cinco balones pinchados, aun con lágrimas, fueron tirados dentro de una malla y puestos en el oscuro cajón inferior de la misma mesa, ubicada entre una puerta semiabierta de lo que parecía ser un camerino y el inicio de un túnel angosto que terminaba en unas empinadas escaleras, en cuyas paredes estaban los rostros de los jugadores de la selección argentina.

—¿Serán los de esos rostros los que saldrán por esa puerta? —pregunta 27 a 16, quien, al otro lado de la mesa, concentrada y en silencio, solo miraba los estampados en la pared.

—Obvio, pelotudo —respondió 8.

Se abrió la puerta del camerino y, para sorpresa de los candidatos, los estampados de la pared se hacían realidad. Uno a uno fueron escogiendo los balones, que con asombro veían cómo Messi a la cabeza del grupo tomaba a 8 entre sus manos y empezaba a recorrer el túnel. Subieron las escaleras y un sonido de un gran interruptor indicaba que las luces se estaban encendiendo. La bombonera quedó totalmente iluminada con

una mezcla de los últimos rayos de sol y las blancas luminarias, que al inicio resultaban fastidiosas a los ojos. Finalmente, estaban sobre el verde césped. Sin espectadores, solo unos cuantos periodistas y familiares de los jugadores, nada comparado con los 57.000 que podría haber al siguiente día. El calentamiento terminó, era momento de la prueba.

Los ubicaron diagonal a la portería, a unos veinte metros de distancia; desde ahí serían impulsados y tendrían que coordinar sus giros en el aire para así ingresar por el ángulo más lejano de la portería. El candidato con mejor efecto sería el ganador. Luego de diecinueve tiros, los favoritos seguían siendo 8, 16 y 27. Era el último tiro. Esta vez 16 tenía la ventaja, al estar en los pies de Messi. Segundos antes de salir por los aires, 16 buscó la mirada de 27, topándose primero con los ojos llenos de ira de 8. Lo extraño era que no miraba la portería, tenía sus ojos puestos en un pequeño alambre que sobresalía de la reja que separaba la tribuna de la cancha, pequeño, pero lo suficientemente afilado como para pinchar a alguien. 8 alternaba su mirada entre el alambre y 27. 16, conociendo las intenciones de 8, tenía que tomar una decisión, volar y girar lo suficientemente bien para entrar por el ángulo y ganar la competencia, o aprovechar la potencia que le daría el impulso de Messi y así evitar que 8 desviara a 27.

Escucharon el silbato y los jugadores tomaron impulso, los balones apretaron sus puños, listos para volar. Sonó el seco golpe de los botines dando contra los balones, levantando trozos de césped por la fuerza. Tres segundos después, en el aire, 16 tomó su decisión, giró y giró, con toda su fuerza

hasta golpear a 8. Cuatro balones ingresaron a la red, entre esos 27. Cuando tocó el suelo y abrió sus ojos esperando un comentario de 16, no la vio por ningún lado, miró a 8 con sospechas, quien nada más dirigió su mirada a la reja. Todos los balones, incluido 27, se rodaron quedando de frente a la malla metálica, observaron a 16. La fuerza del impacto con 8 había hecho que volara por encima de la malla, llegando hasta la tribuna donde terminó de rebotar detrás de un muro; nadie la podía ver, ni los mismos jugadores.

Seleccionaron los ganadores y los llevaron a ser pintados para el día siguiente. Cuatro balones como secundarios, entre esos 8, por ser el balón escogido por Holanda, a pesar de no haber ingresado en el último tiro gracias a 16. 27 fue elegido como el balón principal, también gracias a 16. 27 sería el único con la fecha marcada en su pecho.

Pintados, limpios, brillantes, ya sin un número para identificarlos, los cinco balones fueron puestos sobre una vitrina en otro sector del estadio, el cual no podían identificar plenamente, ya todo estaba apagado y solo quedaba la luz tenue de las estrechas calles que rodeaban el estadio y que de alguna manera se abrían paso en su interior. Estaba todo en silencio, a excepción de los lloriqueos de quienes perdieron la prueba y se unieron a los balones en la malla. Al menos no estaban dentro de un cajón. 27 miraba su pecho y veía la fecha, sin emoción alguna: ya no era la fecha de la final, esa marca le recordaría por el resto de su vida el día en que perdió a su mejor amiga.

—Calma, amigos —dijo una voz que nadie reconocía.

—Estoy arriba de ustedes —dijo la voz nuevamente.

—Creo que la pintura contiene alucinógenos —dice 12, quien también hacía parte de los ganadores.

—Jajaja, pero qué boludos, miren un poco arriba a su derecha, al lado de la estatua —dijo la voz que pertenecía a otro balón.

Estaba en una vitrina, por lo que 27 entendió que ese sitio era el museo del estadio y aquel balón debía llevar unos buenos años ahí. Se le notaba la edad y estaba algo descolorido. 27 creía ver rastros de tierra, pero no mostró mucho interés en buscar conversación con el viejo, quien empezó a hablarle a los balones de la malla.

—Me pinché, al igual que ustedes, en la prueba del mundial de México 70 y terminé siendo regalado a un joven humilde de apellido Maradona —dijo el anciano.

Al escuchar este apellido, 27 levantó su mirada y observó con detenimiento la vitrina donde posaba el anciano, el reflejo de la luz exterior dejaba ver un borroso número.

—¡10! —exclama 27, llamando la atención de todos, incluido el anciano, quien suelta una pequeña sonrisa.

Era 10, el compañero de aventuras de Diego Armando Maradona, quien siempre usó ese mismo número en la espalda en honor a su primer balón. No estaba descolorido, era su color original ya que nunca fue pintado o marcado con una fecha. Sin embargo, estaba ahí, en el Museo de la Boca, al lado de la estatua de su único dueño, observado y fotografiado cada ocho días por fanáticos nacionales e internacionales. Esto sacó un suspiro en 27 porque solo hace tres minutos pensaba que

no volvería a ver a 16. Pero aún había esperanza. ¿Cómo estará 16? ¿Estará con alguien?, eran las preguntas que rondaban en la cabeza de 27 antes de quedarse dormido.

¡Aguante, Argentina!, fue el grito que a las seis de la mañana despertó a los balones.

—Pasa todos los días de partido —dijo 10.

—Ahí te presento mi alarma, es Toño, el dueño del asadero más popular del barrio de la Boca y el hincha que no se ha perdido ningún partido en este estadio desde hace cincuenta años —dijo 10 mirando a 27 intentando animarlo. Los balones le contaron lo de 16.

Transcurrió el día, los gritos de los hinchas se hacían más fuertes, faltaba una hora y empezaron los cánticos holandeses y argentinos, acompañados por trompetas, bombos y redoblantes, cuyo eco recorría todas las esquinas. El salto de los hinchas hacía que las graderías se mecieran de un lado a otro, de arriba a abajo. Nada de esto emocionó a 27, ni siquiera la salida por el túnel, los papeles picados, luces de bengalas, humo de colores, pólvora. Todo el partido fue un bucle para 27, casi ni rodó, todo fue de 8.

Terminó el partido y el primer tiempo extra: 2 a 2, y quedaban quince minutos más. 12, quien a manos de un recogebolas no podía despegar su mirada de Messi, se fijó cómo este saludaba a unos pequeños niños en los palcos del estadio. Observó en ellos una mancha roja, lo cual era muy raro, se suponía que todas las camisas iban a ser de color naranja o azul celeste.

—¿Pero quién es tan pelotudo como para traer una camisa de otro…?

Antes de terminar la pregunta en su cabeza, 12 reconoció la mancha. No era de una camisa, era un número y tan claro como el agua. Vio como esa mancha lo saludaba. Era 16.

12 se las ingenió para darle el mensaje a 27. Solo se vio cuando la mirada alegre de 27 regresó al ver a 16 y mucho más al reconocer quién la tenía en sus manos. Era Thiago, hijo de Messi. Seguramente recogió a 16 luego de ese impacto con 8. Su padre Messi ya había anotado dos goles ese día y estaba a sólo uno de llevarse el balón a casa.

—¿Entonces en esa final que Messi metió el gol al último minuto, terminó llevándose a 27? —pregunta el pequeño 2.

—Sí, 27 salió ese día en las manos de Messi.

—¿Entonces se reunió con 16? —pregunta nuevamente 2.

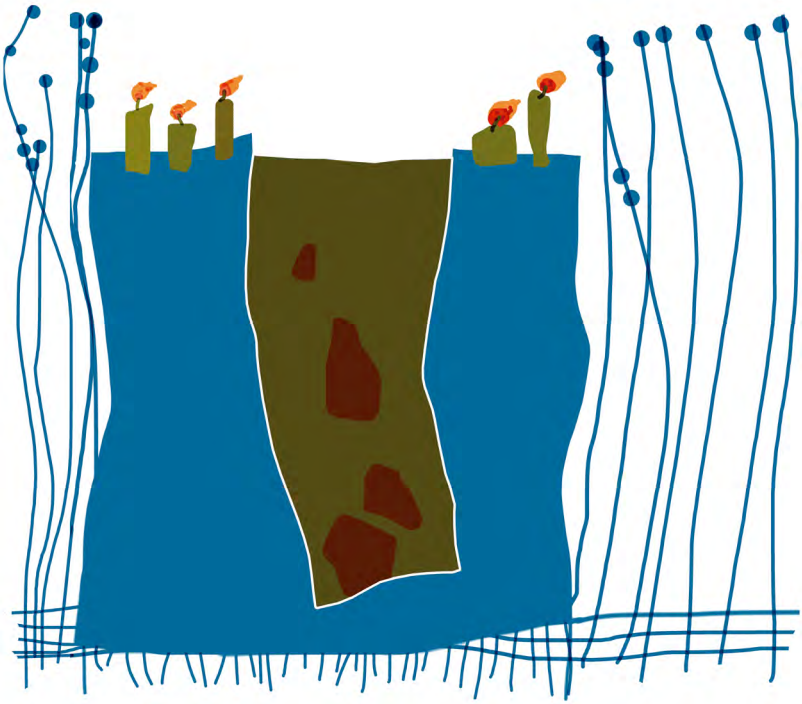
—Sí, es lo más probable.

—¿Y tú cómo sabes todo esto si eso pasó hace nueve años? —cuestiona nuevamente 2.

—Porque yo estuve ahí, muchacho. Ahora alístate que ya vienen los jugadores de Boca a entrenar y hay que estar listos para cuando nos lleven por el túnel —dice 8.

¡AY, FLORENCIA!

VÍCTOR AUGUSTO ROMERO RAMÍREZ



Siempre quise matarla, la asesiné muchas veces entre mis fantasías. La odiaba, aunque claramente tanto odio se produjo después de amarla. Mi cuarto no tiene ventanas, a veces escucho las campanas de una iglesia y pienso profundamen-

te que alguien en algún momento vendrá a salvarme; sé que Cristo no es, él no me daría ni de su pan, ni de su sangre, él me envidia porque he consumado los pecados que jamás a él le permitieron cometer.

¿Salvarme de qué?, me pregunté mientras lanzaba la vista a la cámara vieja ubicada en una esquina de la habitación.

—Fíjese usted lo irónico: a alguien le están pagando por ver esta vida tan triste y aburrida, por eso a veces le bailo, para que se divierta.

Recuerdo muy pocas cosas que tengan importancia antes de encontrarme en esta habitación. Monotonía, gente viajando atestada en Transmilenio, destino hacia ningún lugar. Sí que amaba los jueves, único momento de vida, de voluntad de poder. ¡El Freud era tremenda fiesta! Los besos de tres, la música, la cachaza quemando la garganta y esos seres extraños tan apacibles al vaivén del día y la noche. Bogotá me consumía en un no retorno de lo que había sido mi vida; en pequeñas estalactitas formadas gota tras gota, he creído ver la ciudad con algo de calidez y amargura.

—Siéntate y mírame a los ojos —dijo ella con sutileza—. ¿Te acuerdas de mí? Guarda bien esta pregunta. Pondré algo de música, sé lo mucho que te gusta —mientras reproducía *Gracias a la vida* de Mercedes Sosa.

—¿Qué opinas? ¿Qué te parece? Es buena Mercedes, ¿no? —me preguntó.

—De oído a oído, quiero que recuerde eso. No me parece la gran cosa —contesté algo enojada—. ¿Sabe que Mercedes

nunca escribió esa canción? Y la chilena, Violeta, quien sí lo hizo, se voló la cabeza ¿A quién le daba las gracias, y a quién debo darle yo las gracias?

Mi percepción interna está desvariada y emocionalmente soy incompetente. Nunca sé lo que es real. Ella siempre regresa y ojalá supiese el día, fecha u hora, pero en este cuarto no hay nada de eso: solo aparece, ahí vestida de colores y quiere conversar conmigo de mi vida. ¿Por qué? Mi furia va incrementándose, si ella me viera a través de mis ojos… Pare y piense, regrese por donde vino.

—Viaja sin moverte de aquí, solo recuerda. ¿Qué es lo que ves? —preguntó mientras me alcanzaba un jugo de arazá.

—El agua en mi cara, los bosques, la silueta de la gente y el sonido de las ollas, el sol a media tarde. El agua fría golpeando mi cuerpo, y una voz que murmura: *escapa, escapa, se hace tarde* —respondí con voz entrecortada mientras ella tomaba mis manos.

—¿De qué escapas? —preguntó con voz firme.

—¡Maldita sea! ¡De ellos, de ellos! Ellos se llevaron todo lo que un corazón amarra.

Siento nuevamente estos dolores fantasmas, ese dolor que proviene de una parte que ya no está allí. Había muchas sombras, se hacía tarde y todos corrían a sus casas, yo seguía ese automatismo como de quien tiene hambre y come, aunque en la mesa nunca hubiese mucho que comer. Las chicharras eran las únicas que sonaban advirtiendo el calor de la zona, el supuesto verano, y quien hiciera más ruido que ellas, moría.

—Tienes que perdonarlos —dijo consternada—, sé más de lo que tú sabes, pero siento menos de lo que sientes.

—Aún escucho los huesos crepitar, escucho la leña que arde, escucho las voces de mi gente rezando, aún escucho sus gritos. Veo sus cuerpos aquí en la tierra, sin ceremonias, sin velas, sin ataúd. Veo sus cuerpos bajando por los ríos y pienso en ese instante en que el sol les quema la cara sin sonrisa; ellos ya vivieron en esta escena que pasa a través de mis ojos, más adultos o aún niños. ¿Cuándo seré yo la que bajará por el río o la que estará bajo tierra? —dije mientras sollozaba.

Ella se acerca despacio y coloca su pecho contra el mío, me abraza, apacigua.

—Te dije esos días que cerraras tus ojos —susurró a mi oído—. ¡Ay, Florencia! Sé que hoy vamos a morir. Ya sabes la respuesta a la pregunta y sé la intención de tu primer comentario. No hay edén en esta tierra, pero siempre regresas, esta es la última vez que estamos en esta casa. Viajaste a la capital para redimirte, acá nadie ocupó tu soledad. Repetías esa frase: *¡El centro de todo sería el olvido de la guerra!* Olvidaste el acento de pueblerina, pero nunca se olvida el sur.

—No estás loca, solo despierta.

Estoy en mi casa, desolada. Siempre regresé cada año y nunca había estado decidida. Aquí en mi propia sala donde reí, se fue mi madre, mi padre, mi hermano, mi abuela. Nunca cerré los ojos, esos hombres hacían su "trabajo", ¿por qué Dios no me puso con mi familia en ese instante? Nadie investigó, nadie sabía nada. Solo eran otros muertos de los muchos, pero eran mis muertos…

No hay día que no recuerde esa escena, ese día, esa hora.

La cocina aún está intacta y voy por ese cuchillo. Rezo, él justo en este momento tendría que salvarme de esto, ¿por qué no aparece?

—Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo libra de todas sus angustias —recitaba mi familia cuando rezaba el rosario antes de comenzar un misterio.

¿No soy yo eso, una afligida? Quizá nunca fui tan buena católica. Me dirijo hacia la sala.

De oído a oído.

Estoy con ellos.

Vestigios.

¡VUELA!

Tatiana Elisa Moreno Piñeros

Algunos se imaginan ser libres
y no ven las ataduras que los aprisionan.

Jean-Paul Sartre

Les contaré la historia que cambió mi forma de ver la vida. Hace dos años me consideraba el mejor en lo que hacía. Los humanos siempre me escogían para asustar a aquellas aves insoportables que se interponían y no permitían que

sus máquinas volaran. Todas las aves me tenían miedo. Claro, quién no se asustaría si ¡yo era el halcón más grande y rudo del mundo!

Mis días eran siempre la misma rutina. El humano que me cuidaba, a quien llamaban Richard, me despertaba dándome un delicioso trozo de carne. Me encantaba. De la caja pequeña y negra que Richard colgaba en su cintura salía la voz de otro humano. Era momento de trabajar. Me preparaba con mis estiramientos matutinos y Richard me cargaba en su brazo. Caminaba hacia los grandes y grises terrenos donde despegaban las máquinas voladoras, allí desplegaba mis alas, mis hermosas alas. Y salía a volar.

Todas las gaviotas y palomas se asustaban al escucharme. Ninguna se atrevía a acercarse, pero si alguna tenía la osadía de hacerlo, con mis poderosas garras la atrapaba. Era fabuloso saber que tenía el poder. Así duraba todo el día, y lo disfrutaba. Al llegar la noche, Richard ponía una máscara en mis ojos, era momento de dormir.

Fueron cinco años los que duré trabajando junto a Richard. Y año tras año, vi cómo aumentaban las máquinas voladoras y con ellas también la cantidad de aves. Y claro, el terreno gris de los humanos se hacía cada vez más grande. Las aves tenían más lugares para esconderse. Un día, no pude ver a una gaviota escurridiza porque estaba ocupado con las palomas al otro lado del terreno. Ese día, una de las alas de una máquina voladora se encendió en llamas cuando la gaviota se atravesó. Fue un desastre. Se escuchó un fuerte ruido y la máquina cayó al suelo. Los humanos gritaban y corrían por todos lados. Luego escuché ese sonido típico que venía de Richard cuando era

momento de ir a dormir. "¡Pero, si la luz aún está en el cielo!", pensé. Aun así, fui adonde Richard.

Era la primera vez que me encerraban sin mi trozo de carne, aunque no fui el único. Todos mis compañeros fueron encerrados. Todos decían que había sido mi culpa por no hacer bien mi trabajo.

Después de ese día, Richard me mantuvo encerrado. No pude ver la luz del sol en ocho días. Al noveno día llegó Richard con otra humana, vestida de blanco. Sabía que algo malo estaba por pasar. Me pusieron la máscara que cubría mis ojos. Solo podía sentir cómo estiraban mis alas y quitaban algunas plumas. La verdad, no fue tan doloroso, y aunque no entendía por qué lo estaban haciendo, no le di importancia y volví a mi jaula a dormir.

Al siguiente día Richard me despertó igual que aquellos días que disfrutaba tanto, y me cargó sobre su brazo. En ese momento vi que un humano entró con una jaula en sus manos. Mi instinto me decía que debía huir. Desplegué mis alas, pero ¡no pude volar! Tuve mucho miedo, lo único que conseguía era revolotear por el suelo. Me atraparon con una red y me encerraron en la jaula. No sabía lo que pasaba, no sabía por qué mis alas no funcionaban. Tal vez era por no hacer mis estiramientos rutinarios, o por no usarlas durante ocho días, no lo sabía.

Duré encerrado todo el día en una pequeña jaula que se encontraba dentro de una caja que se movía. Cuando de repente el humano abrió la gran caja. Estábamos en otro lugar, muy diferente de donde yo vivía. Pude ver también muchos otros animales, aunque ninguno estaba encerrado como yo.

Sus casas eran verdes, se veían muy cómodas. Recordé de inmediato las historias que contaba Ikal, el más anciano de mis compañeros. Él vivió en grandes paisajes llenos de montañas, con el aire más puro del mundo. Siempre imaginé que Ikal estaba loco, porque yo nunca conocí aquellos lugares. ¿Cómo es que yo había vivido tanto tiempo de esa manera?

Me llevaron con otros halcones, muchos de ellos estaban lastimados. Pude hablar con algunos de los que estaban conscientes y todos dijeron lo mismo: una vez un halcón se recupera, lo enjaulan, se lo llevan y no lo vuelven a ver. *¡Imagínense el temor que sentí en ese momento!* No podía creer que los humanos fueran tan malvados, si Richard siempre me cuidaba y me alimentaba, ¿acaso no eran todos como él?

Pasaron los días y mi temor fue aumentando. Tanto que tuve miedo de volver a volar. Todos los días los humanos revisaban mis alas. Parecía que buscaran algo. Me cargaban en sus brazos hacia un área libre y los otros halcones me animaban a que intentara volar, pero mi temor me lo impedía. Fueron muchos días con la misma rutina. Yo solo pensaba en volver al lugar donde me criaron, perseguir las aves que tanto molestaban a los humanos. Era la única forma de vida que me hacía sentir cómodo hasta ese entonces.

Sin embargo, luego de unos meses, aprendí a convivir con otros animales. Los humanos me enseñaron a cazar mi alimento. Poco a poco me fui acostumbrando a valerme por mí mismo; aunque no volví a volar, a pesar de las insistencias de los humanos.

Pero un día todo cambió. Recuerdo que Linda, una humana que me revisaba todos los días, decidió no darme de comer por

algunos días, ni siquiera me llevaba a cazar. Después de eso, convenció a los otros humanos para que me llevaran a unas rocas muy altas, no sin antes cubrirme los ojos con una de esas máscaras. Cuando pude ver nuevamente, me di cuenta que estaba solo y que, bajo unos arbustos, asomándose, había un pequeño roedor. Intenté ignorarlo, pero el hambre hizo que saltara a perseguirlo, me lancé en picada sobre él y ¡lo agarré! Cuando terminé de ingerirlo, pude ver a lo lejos a Linda y a los demás humanos saltar de felicidad. Era la primera vez que volaba después de tanto tiempo. ¡No lo podía creer! Sabía que no estaba dañado. Desplegué nuevamente mis alas y pude volver a volar. Por fin volví a sentir esa felicidad que hace tanto tiempo no sentía. En ese momento me di cuenta de que lo único que necesitaba era un empujoncito.

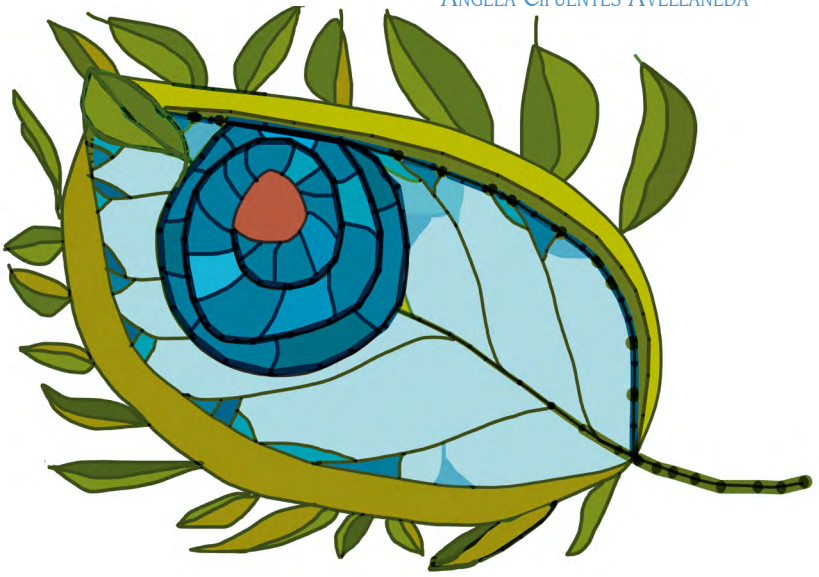
Luego de ese día, no quise volver a estar enjaulado. Les huía a los humanos cada vez que intentaban atraparme para darme de comer o cuando era hora de dormir. Me fascinaba estar todo el día volando de un lado al otro, sin ataduras. Supe entonces que desde que había nacido, lo único que hacía era seguir órdenes, nunca vi más allá de esos grandes edificios de los humanos, nunca supe lo que era ser libre.

Días después de esa primera hazaña de la libertad, llegó Linda con otros humanos y me enjaularon. Cubrieron la jaula con una manta, no supe a dónde me llevaban. Mientras pasaba el tiempo, dejé de escuchar esos molestos ruidos de los humanos y sus máquinas. Todo se sentía tranquilo. Hasta el olor del ambiente cambió. Cuando quitaron la manta, vi que estaba en las laderas de una montaña, con grandes árboles. Tuve una

sensación de cosquilleo. Lo malo que había pensado que me iba a pasar se esfumó. Supe que era el momento de ser libre. Linda me cargó en su brazo, lo último que le escuché decir fue *¡VUELA!*

Lo que existe detrás de las pupilas

Ángela Cifuentes Avellaneda



Tenía una mirada de café de la mañana, de lechuza blanca y de secuoya milenaria. Llevaba tres días lanzando el anzuelo al sueño profundo o a la pérdida de conciencia, lo único que había logrado era insomnio, taquicardia y

síntomas de delirio de persecución. Sacó el último recurso, lo mezcló en un shot de tequila que bebió de golpe. Intentando ignorar la falta de pulcritud de la habitación, el temblor de las manos y los ojos inyectados, buscó ante el espejo el momento esperado: las pupilas dilatadas, ese sería el indicio.

Pasó el tiempo viendo cómo la luz de una lamparita tubular, envuelta en tela naranja, se rompía en fractales ante cualquiera de sus movimientos. Veinte minutos después contempló con emoción el inicio de la expansión de sus pupilas. Las sensaciones corporales parecían no haberse alterado, pero en su mente comenzaban las divagaciones:

—¿Qué tipo de sustancia contienen las pupilas? Tal vez una masa fácil de aplastar, ¿cristalina quizás? Probablemente poner un pie sobre ella produzca la misma excitación que cuando se pisan hojas secas. Y ¿qué existe detrás de las pupilas? Definitivamente el cerebro, ¿sustancia gelatinosa acaso? ¿Realmente será materia gris?, gris no es un color. Si abriera en este momento mi cabeza el cerebro luciría más bien púrpura, púrpura con destellos tornasolados de azul cobalto. Esos sí son colores. El gris no es un color, definitivamente no. ¿Qué habrá mucho más atrás del cerebro?, obviamente el hueso.

Las pupilas habían alcanzado el diámetro ideal.

—Qué manera de pensar tan absurda y poco profunda. ¿Qué clase de preguntas son estas? Pero, exactamente, ¿qué hueso del cráneo será la antípoda de esta pupila dilatada? ¿El occipital será el hueso?, ¿Como Colombia en comparación con Indonesia? Una pésima analogía, Indonesia y Colombia carecen de pupilas. ¿A qué punto he llegado? Al punto de entre las pupilas

y el cráneo, ¿entre el cerebro? ¿Qué hay detrás de las pupilas, además de lo palpable? ¿Están las ideas flotando o más bien tejidas por el manto de neuronas? Un manto de neuronas, suena poético. ¡No! Es absurdo. ¿Qué más hay en la metafísica del cerebro? Recuerdos tristes que queman el alma, amores felices de aguas dulces y saladas. Está la memoria, laberinto con piezas sin autoconciencia.

De repente, ¡BOOM!, estalla ese sueño diluido que persigue completar. No sabe si lo que ve es un invento, un efecto del polvillo de cristal, un antiguo relato, un vaticinio. No importa, allí reaparece *la ciudad sin espejos*.

Un par de décadas atrás se había destruido la última superficie que permitía la reflexión de la luz. Dicen las voces que quedaron en el viento que todo empezó cuando los sacerdotes explicaron a los humanos que en el reflejo propio se iba el principio de Dios. Aterrados, se aceleraron a romper y fundir los espejos y cualquier otra fuente capaz de hacer procesos de reflexión. La advertencia corrió rápidamente a los oídos de todas las personas, pues siglos atrás habían intentado matar a los dioses y conocían ya las dramáticas consecuencias. No podía ocurrir lo mismo nuevamente. Lo que no sabían, los sacerdotes ni los pueblos, era que con el tiempo no verse a sí mismos iba a hacerlos olvidar de su humanidad. El mundo no tenía salida, ya no era un lugar para los dioses ni para los hombres.

Pasados unos meses de no verse a sí mismos, los humanos se empezaron a aislar, tuvieron miedo el uno del otro porque en los ojos del prójimo veían su propio reflejo. Poco a poco olvidaron reír, hablar, mirar al frente. Se fueron encogiendo por dedicar horas a buscar y secar las fuentes de reflejo del agua.

La tierra se volvió un solo desierto. Aquellos que no encontraron más su reflejo primero sintieron la arena en sus ojos, luego sus pupilas se opacaron, quedaron ciegos; finalmente, se anclaron en las dunas de arena. Quienes encontraron algún cristal sobrevivieron por más tiempo, pero la imagen distorsionada no era suficiente para mantener la chispa de la vida. Ellos también morirían petrificados, condenados al olvido de sí mismos.

Tras pulir el lente, el hombre encontró la mancha. Una huella dactilar opacaba aún más la corta visión que le proveían unos espejuelos quebrados. Luego, miró con mayor detenimiento, se vio a él mismo mirando el lente; el reflejo no correspondía con el recuerdo que había guardado de la última vez en que intentó verse. Era obvio que nunca iba a volver a ver su propio reflejo sin ninguna distorsión, pero lo que se veía a través del cristal ya ni siquiera se asemejaba a un rostro refractado. Comprendió que cuando se pasan tantos años sin ver un rostro, por más amado o cercano que haya sido, siempre se tiende a olvidarlo. Se pasó las manos por la cara, la palpó de arriba abajo. Tocó la frente, los ojos, las mejillas, la boca, el mentón; la piel de su rostro era tan áspera como la de sus manos. Se estaba convirtiendo en piedra; eso era lo que siempre terminaba por pasar en la ciudad sin espejos.

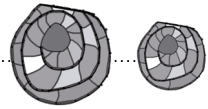
Miró a su alrededor, la misma arena de siempre destellando por el intenso sol. Al horizonte se veían unos pocos humanos terminando de experimentar el proceso de petrificación. La mayoría se encontraban ya inmovilizados, hechos uno con la arena. Por la piel agrietada escorpiones, langostas, hormigas o escarabajos aprovechaban para diseñar refugios laberínticos

y de paso conseguir algo de alimento. Las alimañas se movían rápidamente devorando de afuera hacia adentro, antes de que solo quedaran partículas de mineral. Podían durar unos siete días en desocupar un cuerpo. Parecía poco, pero para el mártir las siete vueltas de la tierra eran comparables con la eternidad. Sólo los humanos más afortunados morían en menor tiempo. De vez en cuando, junto al petrificado, llegaba una serpiente y si el humano aún disponía de algo de movimiento, la provocaba para ser mordido; no era una muerte inmediata, pero al menos era cuestión de horas.

—¡Qué desperdicio de energía y de espacio! ¿Cómo puede contener el cerebro una historia semejante?

Solo habían pasado un par de minutos, pero mientras deambulaba entre alucinaciones, voces y pensamientos, sus pupilas habían transitado por la inmortalidad y lo eterno. Pequeñas hormigas viajaron del cuerpo de los petrificados a esta simple realidad. Corrían por las líneas agrietadas de sus manos en un movimiento de paticas aceleradas que se oía como un cabalgar de antílopes perseguidos. Mientras intentaba descifrar el lenguaje de señas anidado en las antenas de las hormigas, sintió un entumecimiento en todo el cuerpo y en sus propios pensamientos. Quedó en una posición catatónica, su conciencia se nubló. Vacío, no queda nada.

El tiempo pesado terminó, volvió a ver con nitidez su figura ante el espejo. Miró sus manos lisas, limpias ante cualquier vestigio de vida. Observó su rostro y fijó la mirada en la última contracción de sus pupilas. Este mundo no era más que este mundo. No importa, nuevamente tenía una mirada de café de la mañana, de lechuza blanca y de secuoya milenaria.



EL ARCOÍRIS DE SER

GERALDINE BERMÚDEZ MORENO

El cielo estaba azul como el mar en la tierra de Loflang. En el fondo del río brillaba una luz amarilla que no dejaba descansar a Juma, un unicornio que, si pudiera, se la pasaría comiendo miel de los árboles y durmiendo todo el día.

Esa mañana el bosque estaba diferente porque, como nunca, la paz se sentía por doquier. Las aves adornaban los cielos, los árboles sonreían a los pájaros. La ardilla no discutía por las nueces secas que le habían robado, ni tampoco el búho gritaba *silencio* para poder dormir. Tato, el pegasus verde, estaba desde temprano haciendo piruetas en el frío río de Loflang. Era el pegasus más hermoso del universo, o al menos el más hermoso de Loflang, todos los animales del bosque le obedecían, era el norte de las tierras salvajes.

Después de terminar su rutina de piruetas, Tato se fue a despertar a Juma, el único unicornio salvaje que quedaba en Loflang.

—Buenos días, levántate a darte un chapuzón, el agua está deliciosa —dijo Tato a Juma, quien roncaba acostado boca arriba.

Mientras esperaba, Tato estiró sus hermosas patas traseras y cuando cayó el primer destello de sol sobre sus alas, una luz intensa se reflejó en los ojos de Juma. El unicornio se despertó de un brinco y sacudió su cabeza y cola de lado a lado. Juma comenzó a refutar entre muelas.

—Solo quería dormir, es demasiado temprano.

Pero al instante, el unicornio recordó que debía alistarse y ponerse más hermoso que nunca: hoy era el día de ir a la torre del castillo a ver a Malé, la alicornia Violeta más linda que sus ojos habían visto. Malé no era sólo la alicornia más linda, sino que además era la princesa oficial de Loflang. Malé era una princesa diferente porque, aunque creció como una humana, después de haberse bañado en el río de Loflang adquirió un hechizo que la aldea contempló como un castigo para el rey, pero que el bosque consideró como el regalo más preciado de

la naturaleza. Esa condición era haber pasado de humana a alicornia; es decir, Malé cambiaba de forma humana a una de unicornio, gracias a la magia de esas aguas cristalinas que reflejan el dorado oro del sol y el brillante diamante de la luna.

El desprecio de los aldeanos y el desconcierto de los reyes con su princesa hizo que, durante mucho tiempo, Malé se escondiera en la vieja torre del castillo y soñara con huir al hermoso bosque que lograba contemplar. Un día, sin más, Malé se animó a caminar entre el bosque y fue allí donde conoció a sus nuevos amigos, Juma y Tato.

Juma, al recordar que vería ese día a Malé, se puso como loco, se metió al río y se bañó rápidamente, luego comenzó a correr en círculos. Tato, sorprendido, le dijo:

—Cálmate, muchachón, o tu piel se pondrá transparente, tan transparente que ni Malé te verá.

Esta fue la única manera en que Tato consiguió apaciguar un poco la inquietud de Juma. El unicornio y el pegasus se fueron galopando juntos por el bosque, percatándose, eso sí, de no encontrarse con ninguna araña vecina, puesto que Juma les temía tanto que de ver alguna no solo hubiera gritado, sino que probablemente también se habría desmayado, y por supuesto Tato no quería correr ningún riesgo que le evitara que Juma viera a su amada Malé.

Mientras tanto, en la torre del castillo se encontraba Malé. La alicornia estaba bailando en su habitación, intentando decidir qué piel usaría ese día. Nunca era tarea fácil elegir qué ponerse y menos cuando debías elegir entre dos atuendos: humana o unicornia. Malé quería estar con Juma y, a la vez,

mantener su esencia como la princesa del reino; tener las dos cosas era imposible.

El camino al castillo había sido más corto de lo que esperaban. En cuanto la sombra de la torre cubrió a Juma, este levantó la cabeza e, importándole poco las arañas, corrió hasta donde Malé se encontraba. Subió las escaleras apresuradamente, al llegar se frenó y vaciló antes de tocar la puerta, respiró y se animó a hacerlo; su corazón se aceleró y una sonrisa se dibujó en su rostro al momento en que la puerta se abrió y apareció Malé detrás de ella.

—Hola —musitó ella, vestida con la piel de unicornio.

En la entrada de la torre estaba Tato, fijándose que nadie llegara, y de hacerlo, evitar que subieran. La idea de ser cómplice del amor hacía feliz al pegasus, que siempre había querido ayudar a quienes lo necesitaran y lo merecieran. Tato sabía que para los dos enamorados no había nada más importante que verse cada semana; por lo tanto, para él no había mejor manera de ayudarlos.

Juma se sentó junto a Malé y la observó por un momento, acarició una de sus patas delanteras justo antes de que la sonrisa de Malé desapareciera.

—¿Qué sucede? —preguntó afligido Juma a la alicornia. Malé tomó una gran bocanada de aire y vaciló un poco, antes de responder.

—No es nada grave, solo buscaba la manera de decirte algo —dijo forzando una sonrisa—. Mañana debo decidir entre ser unicornio o ser humana para siempre. Mi padre está muy enfermo y ahora es el momento de ponerse al frente del reino.

Debo decidirme si quedarme aquí encerrada siendo solo una alicornia o salir y gobernar mi pueblo como la Reina que mi padre siempre soñó.

Malé se alejó hacia un costado antes de que Juma pudiera comprender bien lo que ocurría. Malé sabía que esa decisión determinaría el destino de su relación con Juma, pero también sabía que esa decisión debía tomarla ella sola, ya que esta marcaría un punto importante en su vida.

—¿Y ya decidiste algo? —preguntó Juma con un notable tono de preocupación y tristeza.

—Aún no, sabes que ser princesa y estar en el castillo con mi familia es muy importante para mí, pero correr por el bosque sintiendo el aire en mi rostro también lo es —dijo mirándose la punta de sus pezuñas.

—Podrías ser las dos —se apresuró a decir Juma algo esperanzado—. No tienes por qué abandonar ninguna piel, puedes elegir la torre y el bosque.

Malé sonrió unos segundos antes de aterrizar de nuevo en la realidad. Miró a Juma y le dijo:

—Sabes que mis padres no lo entenderían, todos mis antepasados han servido al reino y si decido no hacerlo, seré desterrada y condenada por el hechizo de la gran noche. No existe un alicornio que haya conservado sus dos formas para siempre.

Luego de un silencio que pareció eterno, Juma se levantó.

—Tengo una idea —dijo y salió de la habitación dejando confundida a Malé, quien levantó su ojo derecho con incertidumbre.

Juma descendió con rapidez por las escaleras y abrió la puerta empujando a Tato.

—Necesito tu ayuda —dijo antes de que el pegasus pudiera decirle algo.

Enseguida ambos se perdieron entre el bosque. Malé estaba aterrada, no comprendía cómo Juma encontraría una solución al problema. Se sentó en una silla cercana a su ventana y se dejó llevar por sus pensamientos, adentrándose en un sueño donde corrió por las praderas siendo humana, con el viento rozando su rostro. Despertó repentinamente al caer de la cama y lo que realmente la inquietó fue ver tras su ventana el sol apareciendo en el horizonte con unos rayos que brillaban.

Alistarse, desayunar y bajar de la torre fue toda una tortura para Malé. El tiempo parecía pasar inusualmente rápido, acercándola cada vez más al momento que definiría la decisión que marcaría el resto de su vida. Sin embargo, antes de acercarse al castillo a la ceremonia real de coronación, Malé quiso despedirse de su forma alicornia y qué mejor forma que hacerlo que en el río de Loflang. Sus aguas estaban tan transparentes y cristalinas que se sumergió hasta lo más profundo. De repente, en un abrir y cerrar de ojos, algo la elevó al son de los pájaros y las flores de lavanda que la rodearon. Malé desconocía qué estaba pasando hasta que escuchó entre los arbustos la voz de Tato que decía:

—Vuela tan alto como puedas sin usar tus alas y encontrarás que ni el cielo es tu límite.

Varios destellos de luz empezaron a brotar de su vestido de princesa, tejido desde hacía meses para la coronación. Poco a

poco la alicornia descendió confundida por lo ocurrido. Mientras la alicornia se arreglaba su hermoso vestido, escuchó unas pezuñas, giró a su derecha en el borde del río y vio a Juma y a Tato. Ella les preguntó:

—¿Qué pasó aquí?

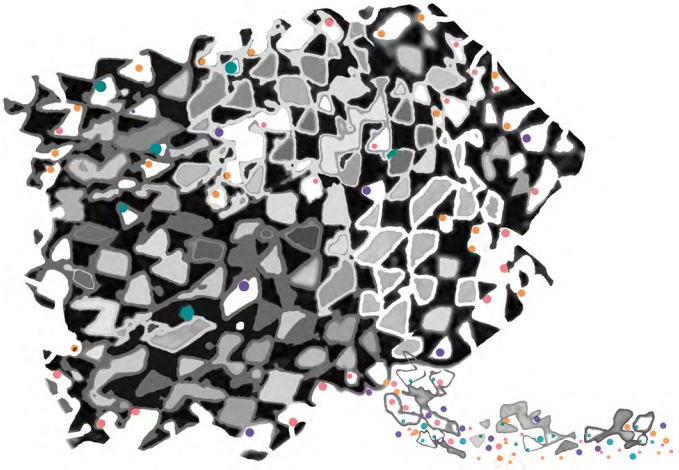
—Tranquila, tu momento es aquí y ahora; el bosque solo hizo lo correcto, la respuesta está en tu corazón —respondió Juma.

Malé corrió hacia el castillo a tiempo para la ceremonia. Al llegar se llevó una sorpresa: no solo se encontraba su familia, sino que también estaba todo su pueblo y las criaturas del bosque. Para su asombro, cada persona y criatura anhelaban a su reina. El bosque comentaba en susurros el permiso para gobernar no solo a los hombres, que por primera vez permitirían conservar a una alicornia su forma humana y unicornia.

Fue así como dos reinos de la tierra de Loflang se unieron gracias al sueño de una alicornia y la confianza que todos los habitantes de estos reinos tenían en ella: la forma más eficaz de acercar a la aldea a la maravillosa vida silvestre donde la conciencia por el cuidado permaneció por generaciones y nunca más el miedo de los animales de andar en la aldea se volvió a presentar, porque la reina logró que el amor hacia el otro fuera el pilar fundamental de Loflang.

La vida en blanco y negro

Edisson Santiago Avendaño Rodríguez



Nunca había tenido alas, o por lo menos no habían sido visibles.

Mario Benedetti

Como de costumbre al llegar a casa, Marcus se quitó el abrigo y puso a calentar la cafetera, repasó la alacena sin estar buscando algo en concreto, sólo perdiendo el tiempo hasta que el café por fin estuviera; finalmente, como todos los días, se sentó en su mesa a escribir después de un aburrido día.

Maya repasaba con los dedos sus labios, evocando el sabor de los besos salados que nacían como las olas del mar. Revivía una tarde de playa, abrazos comprometedores y cuerpos semidesnudos. Marcus le había propuesto matrimonio, irían a hablar con sus padres para pedir su mano. Lo que Maya más anhelaba en la vida era casarse y tener hijos. Pero algo más grande rondaba por la cabeza de Marcus, algo de lo que no podía huir. Un pensamiento se había convertido en una piedrecita que rozaba al compás de sus pasos, poco a poco la idea fue formando una llaga.

Marcus escribía la historia de un amor complicado, un amor que se mantiene de recuerdos e ilusiones con la esperanza de que los problemas no sean lo suficientemente grandes. Escribía sobre un amor lleno de generosidad que hacía pensar a cualquiera que la solución era cerrar los ojos y desprenderse de todo. Sin embargo, él sabía que en realidad el amor es sobre todo ambicioso y caprichoso, tras un tiempo uno debe imponerse sobre el otro, y todo se convierte en sacrificios y momentos de tristeza, el amado se ensaña en lograr lo que quiere sin importar lo que con ello cause en el amante. En el amor no existe la reciprocidad. Pero, ¿cómo no pensar en la inocencia de un amor que nació como nacen los amores que aparentan ser verdaderos? Esos amores que llegan sin pensarlos, así simplemente llegan al alma llenos de cadenas enredadas en la luz que emana la fantasía de la plenitud. Al fin y al cabo, la persona no elige de quién se enamora, solo pasa, sin mediar más que un duelo de miradas.

Marcus siempre se dejaba llevar por su imaginación, esculpiendo historias inventadas que iba puliendo al compás de su

pluma, se metía en la historia como si fuera la suya, sentía las sensaciones que él mismo iba describiendo en sus relatos.

Algo andaba mal en él, cada vez era más frecuente que empezara a confundir sus recuerdos con lo que escribía a diario. Hace una semana Marcus despertó temprano, se vistió de traje oscuro, salió a comprar unas flores en la calle y se sentó a esperar el bus que lo llevaría al Camposanto para visitar a su madre. Cuando llegó, observó que la tumba tenía flores sin marchitarse aún, sembró su mirada en la lápida y notó que el nombre que había en ella no pertenecía al de su madre. Llevaba tres años visitando la tumba, ¿sería posible que la hubieran movido sin su autorización? Caminó por entre las tumbas con aire de confusión, rabia y frustración; duró más de una hora pensando en cómo hallar la manera de darse una respuesta a lo que estaba pasando. De repente, como una revelación, recordó que su madre se encontraba aún en la casa donde fue criado hasta su adolescencia. Cuando tomó conciencia de esto, notó que llevaba tres años sin visitar a su madre y que había confundido sus recuerdos con las historias que escribía.

Mientras la pluma dirigía su mano, Marcus recordó qué tendría que verse con Maya en el café del centro a las cuatro de la tarde. Se reunirían con sus padres para darles la noticia de la boda. Dejó un párrafo sin terminar, una taza de café medio vacía y se dedicó a ensayar frente al espejo cómo hablaría ante sus suegros. Sabía que por más que lo repasara una y otra vez, no podría saber con seguridad cómo saldrían las cosas. Se puso un abrigo y una bufanda y salió con afán a esperar el bus.

Durante el recorrido, se acomodó el cuello del abrigo y la corbata frente al reflejo que se proyectaba en la ventana del

bus, revivía recuerdos y viajaba entre el mundo de su vida y el de sus fantasías. La cabeza le dolía un poco, su cara se veía agotada y sus ojos parecían petrificados. Pensó en el dolor que le causaría una negativa de los padres de Maya y luego pensó en el dolor que le generaba no poder compartir con ella sus sensaciones. ¿Qué pensaría Maya si le contaba lo que estaba ocurriendo en su mente? Tal vez desistiría de querer casarse, tal vez pensaría que estaba loco. El amor está lleno de contradicciones y miedos, lleno de fantasmas y pequeñas tormentas que se van formando en el alma, cada una deja su propio desastre. Pero, ¿cómo no contarle a su futura esposa la verdad? Ella era su única y más íntima confidente, a ella, hasta ahora, le había revelado sus pensamientos y sueños. Decidió que antes de hablar con los padres de Maya, le contaría a ella con desahogo su desdicha. Se sentía en una pesadilla, se estaba volviendo loco.

El tráfico estaba en su tope máximo, el frío de la tarde hacía sentir a la ciudad desolada, igual que como lo estaba Marcus. Su autobús estaba completamente detenido, parecía que no llegaría a tiempo para la reunión, intentó comunicarse con Maya, pero extrañamente no se acordaba de su número, y este tampoco estaba grabado en su celular. Escribió varias combinaciones de números que sentía familiares, pero ninguna dio resultado. Los nervios lo empezaron a invadir, no dejaba de hacer tronar sus dedos abriendo y cerrando la mano con rigidez, no había sido un buen día, no se había podido concentrar en su trabajo, se le había hecho tarde, no había podido comunicarse con Maya y su cabeza era un caos.

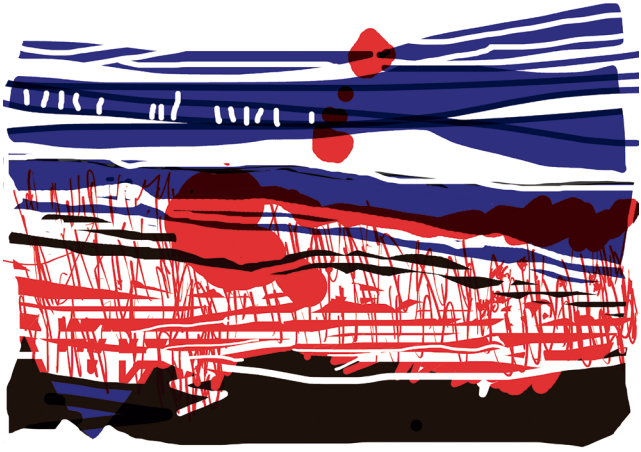
Decidió bajarse una estación antes de su parada, no soportaba más estar entre el tumulto de la gente, y ya llevaba diez

minutos de retraso. No quería perder más tiempo, el tráfico seguía denso y se demoraría más esperando en el bus que corriendo por un par de calles hasta el lugar del encuentro. Caminó rápidamente intentando esquivar los charcos que se formaban en el asfalto, sus zapatos lustrados ya estaban salpicados por el lodo, su corbata se ondeaba en el aire tratando de encontrar un punto estático. Cuando entró al café, vio a Maya de espaldas con el cabello recogido y un vestido blanco con flores. Junto a ella, un señor de bigote espeso y casi totalmente calvo, de no ser por el basto cabello a los lados que lo hacían parecer como un monje; también estaba una mujer mayor que dejaba ver aún un halo de juventud, tenía un labial encendido que combinaba perfectamente con su abrigo y su cartera.

Marcus pasó de largo intentando pasar desapercibido para ir primero al baño, se vio en el espejo, se secó el sudor de la frente, se acomodó la camisa dentro del pantalón, se ajustó la corbata, pasó su mano por en medio de su cabello y se dio una última mirada antes de salir. Mientras caminaba hacia la mesa, sintió sudor en sus manos, presión en el pecho y reseca la garganta; dibujó en su rostro un tono de inseguridad y, al estar justo detrás de Maya, tocó su hombro. La joven giró la cabeza y sonrió en un rostro irreconocible y nunca antes visto por Marcus. Apenado y estupefacto, sus ojos mostraron el sufrimiento que surgió de su pecho, la confusión y el sabor amargo de que la realidad no era más que una simple ilusión que lo llevaba a otro mundo soñado. Su única realidad fue siempre la soledad que lo acompañaba. Sí, el mundo real no es siempre lo querido, la imaginación nos juega una mala pasada en el mundo sensible.

Cynthia Alicia: ella teje su mortaja y suspira

Doménica Marcela del Castillo Toro



La atmósfera se sentía pesada por el olor a la tierra húmeda, acababa de finalizar la lluvia y se abría el cielo oscuro con fulgurantes estrellas. Al unísono se mezclaban todos los sonidos de la selva, pero entre ellos sobresalía el canto

solemne del casi extinto Paujil. Muy cerca a la orilla se observa entre líneas de luz muy baja la figura de una damita esbelta, cabellos largos volaban con el viento para luego volver a caer en su espalda; sentada sobre una piedra gigante observaba el fluir de la corriente implacable del río Amazonas.

Un hombre alto interfirió entre la mujer y el río. Se abalanzó atraído por la belleza de la mujer, que se resaltaba por un vestido blanco tejido como mortaja. Ella lo abraza y le dice:

—Hola, Frank, ¿quieres ir conmigo a coger o a bailar, o quieres conocer a mi maestro?

—Alicia, quiero deslizarme por tu piel insaciable, respirar entre tus poros y perderme en tus cabellos hasta el fin de los tiempos.

La mujer rió estrepitosamente sin dar una respuesta clara. Él la mira, intentando descubrir en los ojos oscuros de la mujer la respuesta que anhela oír, reconoce una expresión maquiavélica, frunce el ceño y acaricia con sus dedos el largo cabello que se va desenredando lentamente. Caminando por las enlodadas calles de Santa Rosa, la mujer hala al hombre en dirección a un bar y le pide sentarse en unos taburetes improvisados. Ella actúa de manera provocativa, muestra sus piernas largas torneadas y morenas y desliza su cadera suavemente para posarse en las piernas del hombre. Plácido momento para él, cuando distraído es mordido en su cuello por ella, Cynthia Alicia, llamada "la oscura" por el pueblo. La mujer lanza una risa aguda nuevamente, se levanta y pide al del bar media botella de aguardiente para tomar allí.

Ocho días antes, Cynthia Alicia estaba a las orillas del río Amazonas esperando a los pescadores a que trajeran su encargo

de pescado. Allí, ensimismada y mirando el sol imponente, fue sorprendida por un pescador que no había visto antes. Era Frank. El hombre le ofreció un par de cachamas, que aún vigorosas saltaban entre la canasta tejida y su piel tornasolada parecía cubierta por una baba grasosa que no permitía mantenerlas quietas.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó ella.

—Veinte mil pesos.

—Está muy caro. Esperaré a otro pescador que cobre lo justo.

—¿Cuánto te parece el precio justo?

—Yo creo que diez mil pesos.

—Bueno, te las daré en diez mil pesos, pero el resto de lo que creo que valen me lo pagarás con un deseo que quiero cumplir contigo.

Para Cynthia Alicia fue un enorme placer encontrarse con un hombre provisto de todas las características que apetece su maestro: rico en espíritu, con un deseo vital y con aires de haber estado arruinado en el mundo.

—Es momento de conocernos más —dijo ella—, quiero llevarte a mi casa para darte un trago de cerveza y compensar lo que no pude pagarte.

Era mediodía, y el calor se levantaba por todas partes, no había mucho viento y era imposible esconderse del rayo de sol. Frank pensó que era un momento propicio para internarse en casa y descansar después de ese largo trajín en la canoa pescando, pero también pensó en que esa mujer le daba

cierta desconfianza, era extraño que todas las personas se habían acercado a otros a saludarlos y a ella nadie se le acercaba, todos los miraban con recelo.

Sin embargo, el deseo puede ganarle muchas veces al miedo. Frank resolvió entonces ir con ella, llegaron a una pequeña casa de fachada blanca, al entrar se sentía un aire más fresco pero enrarecido por un olor a hierbas que Frank no podía distinguir con claridad. La mujer le pide que espere en una silla derruida por el tiempo, mientras toma una ducha; tras unos minutos vuelve ella con el cabello húmedo y un vestido blanco corto que, al darle la luz, permitía ver la piel y sus formas.

Ella se acerca a él, le entrega el dinero prometido y le dice:

—Cuéntame algo de tus culpas, háblame algo de tus desgracias.

—No te conozco, ¿por qué habría de contarte mis culpas? —replicó él.

Cynthia Alicia le ofrece un vaso de cerveza y lo persuade diciéndole que no hay mejor mujer que ella para escuchar todo. Él hombre convencido y llevado por el deseo le dice:

—Llegué hace poco de Cali, trabajaba allí como músico, tocaba la batería; pero la vida de la noche no es fácil, vivía una vida exacerbada, consumía drogas y alcohol, no lo controlaba. Estaba tan perdido y con tantas deudas impagables que apenas encontré la oportunidad de irme de ese mundo lo hice; algo me impulsó a abandonarlo todo, no sé, creo que conocí a Dios y fue hermoso. Hace tres meses estoy acá, en este paraíso, pescando lo que el Creador nos da para vivir. Esta mañana te vi en

el mercado comprando frutas, y ya en la tarde volví a verte a expensas del río, me gustaste, eres un sueño.

—Yo solo te quiero a ti para ofrecerte a mi maestro, y nada más —dijo Cynthia Alicia mientras reía.

—¿Y quién es tu maestro? —preguntó Frank ingenuo, pensando que se trataba de un truco.

Luego de un apaciguador silencio, Cynthia Alicia se sonrió, levantó su ceja hostil, se acercó a Frank, posó sus brazos en los hombros del hombre y le susurró:

—Ya pronto lo conocerás.

A pesar de la sensación de desconfianza, Frank empezó a besar el cuello de la mujer, la llevó más adelante, a un mesón de la cocina y le besó cada milímetro de piel. La escuchó aullar como lobo y llegó a sentir que alucinaba al verla cambiar de forma: la mujer se volvía luz y otra vez humana. Frank logró tener el mayor placer de su vida. Después de ese día, siguieron viéndose a diario en esa semana.

Ahí, sentados en el bar, en medio de taburetes a punto de colapsar, el hombre sintió un deseo incontrolable de dormir, suponía que era el calor y los agitados días. La mujer lo llevó a su casa, y lo dejó dormir un rato. Horas después, cuando despierta Frank y busca a la mujer afuera en el patio, el hombre siente la fuerte brisa y el viento que vienen del río concentrarse y calmar la sensación de calor; ve al fondo una sombra, una silueta: es Cynthia Alicia, la oscura, llamada así por un pueblo que nunca la ha querido, la comehombres.

Frank yace estupefacto por la belleza enigmática y cálida de la mujer, semejante a lo que siente por la selva y por el río. Cynthia Alicia lo guía con su mano llevándolo hacia ella. Luego, la mujer empieza a hablar en la lengua de los indígenas, una lengua desconocida para él, danza alrededor de una fogata que ardía desde que llegaron a la casa. Frank se siente llevado por una sensación de somnolencia, no entiende lo que pasa y está tan exhausto que ni siquiera puede hablar con claridad. Con risas y coqueteos, ella se precipita sobre él, contoneándose y jugando con su cabello largo se desnuda ante sus ojos y con fuerza descomunal lo arroja al suelo. La mujer mira al hombre con desdén y le grita:

—Ruega porque ya viene mi maestro, y te va arrancar todo, hasta tu alma.

El hombre, sometido por una fuerza que no comprende y víctima de un peso corporal que le hace incluso imposible abrir bien sus ojos o hablar y gritar, llora como un niño. Cynthia Alicia se burla del hombre y al acercarse lo corta con una navaja en los brazos y en las muñecas, esperando que la sangre corra hacia su vasija. Frank siente que está a expensas de una fuerza implacable que lo somete sin ningún tipo de sentido humano, llora impotente y escucha que algo se aproxima a él, intenta moverse, pero no puede, siente que algo lo levanta del piso, pero no logra ver nada. Cynthia Alicia salta de alegría:

—Te veo, maestro: eres un dios, precioso y hostil. Después de acabar con él, quiero fundirme en ti.

Frank, paralizado en su cuerpo pero consciente, sucumbe a los deseos del ser que lo tiene atrapado e intenta extirpar su

corazón. Su corazón sale latiendo aún, horrorizado y extrañamente consciente pide clemencia a Cynthia Alicia, quien fascinada por la escena solo sigue danzando a la luz de la fogata que arde y lanza los sonidos del crepitar de la madera. Una voz empieza a escucharse:

—Mundana mujer, dame más almas. Tus privilegios serán otorgados, quiero más.

Cynthia Alicia, ya exhausta, se arroja al suelo en posición de alabanza

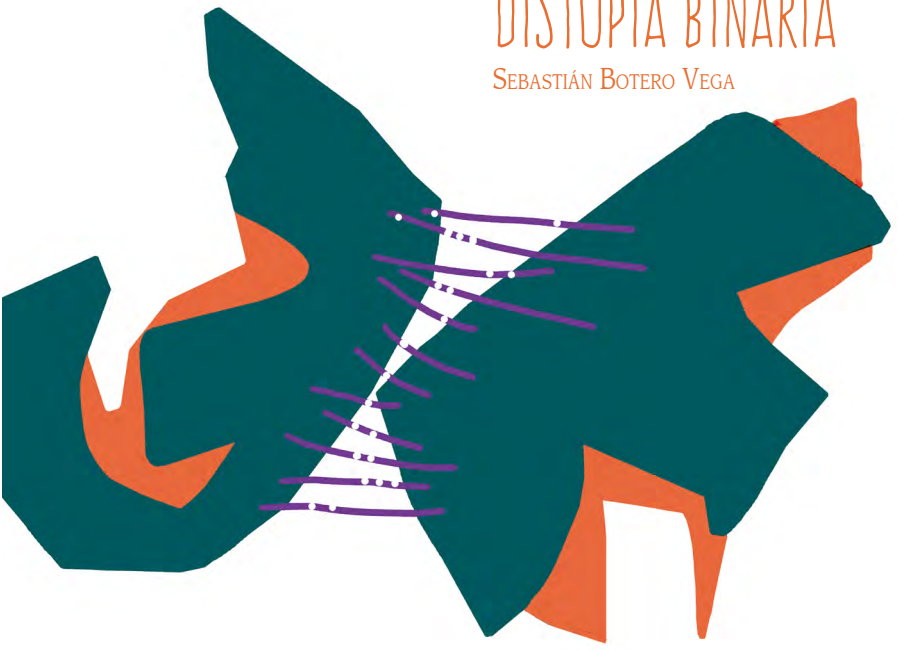
—Por supuesto, maestro: tú eres el rey, el ser que me guía en este pasar momentáneo por este mundo que no es mío sino tuyo.

Frank yace en el piso sin ningún ápice de sangre. Ella, Cynthia Alicia, "la oscura", teje su mortaja y suspira.

—Es momento de buscar una nueva víctima.

Distopía binaria

Sebastián Botero Vega



Sombrío y lúgubre campo de batalla iluminado por ráfagas de disparos sin autor reconocible. Bandos alienados por ideologías atestadas de sevicia sin un fin claro, al parecer, tan solo el de corresponder la adrenalina que emana de

su única realidad admisible, la de un oscuro panorama en la que el fulgor de su acción está mediado por la coerción. Su cara plomiza, apenas reconocible por la rojiza esclerótica de sus ojos acostumbrados a largas jornadas de insomnio a raíz de su labor centinela, marcó de inmediato un rasgo sobrecogedor al presenciar la fatídica escena: Jon Colson, su más próximo colega y con quien había compartido interminables charlas en guarnición, desfallecía en la línea horizonte.

—Jon, dime, ¿qué ha pasado?

—Busco sosiego, yo mismo lo hice, lo siento Karl.

—Acaso tú…

—Sí, he atentado contra mi vida, no soporto ya la idea de la omisión de mis recuerdos, sé que al finalizar esta jornada no recordaré nada. Karl, no es una condición digna.

Jon pierde su conciencia, y a su vez da con mucho esfuerzo la última bocanada al cigarrillo que seguro consiguió después de asesinar a un contrario.

A pesar de la genuina impavidez de Karl, las últimas y solemnes palabras de su compañero más cercano le habían sembrado una incertidumbre en lo más profundo de su razón. En su realidad, todos contemplaban un rol dado, pero bien sabía que su insomnio correspondía al hecho de no querer ser reiniciado por el gran algoritmo, entendía que en la alborada de la proyección del siguiente día realizaría nuevas tareas rutinarias encapsuladas en una sinrazón que alguna vez fue el culto fidedigno de la felicidad. Meditabundo y absorto en el origen de la idea infundada por el moribundo Jon Colson, dispuso un

sexto sentido fenomenológico para creer que tal vez había algo más allá.

Karl Tenorious, oriundo de Blisstonia, nació bajo la industrialización utópica de las realidades encapsuladas, la misma que había condicionado el inexorable camino al amnésico destino que día tras día debía soportar. Ocupaba un puesto en distintas realidades que al principio fueron concebidas como el distractor de una grisácea realidad, pero que con el tiempo y paso de las generaciones provocaron un olvido colectivo; nadie sabía su procedencia, recordaban cortos lapsos de su existencia, pero, sobre todas las cosas, no recordaban anteriores experiencias en las realidades impuestas. No existían jerarquías de poder, monedas de cambio o algún generador alterno de recursos: las realidades encapsuladas eran el único origen, medio y fin tangible.

Despertaba, se cuestionaba si quizá el reinicio diario de sus sentidos era el método por el cual el gran algoritmo reiteraba la misma experiencia a todos, como la idea de un eterno retorno. Pero ya no había caso, no recordaba ya a su compañero de experiencia y debía estar atento a su nuevo rol impuesto. Abrió sus ojos y de un sobresalto cayó de la pequeña cama improvisada de hojas de acanto.

—Tranquilo, héroe, ¿cómo se siente?

—¿Quién es usted? —preguntó Karl con desconfianza.

—Ayer usted y su espada salvaron mi vida, venía del río cuando la orden real intentó atacarme, usted es un valiente, ¿puedo saber su nombre?

—Eso no importa. Dígame, ¿cómo salgo de aquí? —exclamó Karl con un claro enfado.

—Lo siento, yo también soy un rol más.

En ese instante Karl entendió que no era el único individuo con una total aceptación del designio impuesto en su realidad. Así, la sospecha infundada por su amigo tenía una mayor claridad para él, ahora concebía con mayor certeza la razón que le hacía entender que había algo más allá del diario reinicio de sus memorias a raíz de las realidades encapsuladas.

—Disculpe usted, señorita, mi nombre es Karl Tenorious, siento haberme comportado como huraño, solo desperté exaltado y confundido.

—No se preocupe, mi nombre es Tara, y entiendo su sobresaltada expresión, no es fácil despertar sin tener rastros o indicios de lo que ha pasado.

—Sí, lidiar con ello día tras día no es un hábito mental saludable, y aquí estamos de nuevo… Dígame, Tara, ¿cree usted acaso posible el hecho de que nuestro reinicio diario se deba a razones y fuerzas mayores?

—Sea claro, Karl, no ande con rodeos —replicó Tara con marcada sobriedad—. ¿Se refiere usted a un control estatal del algoritmo?

Karl, atónito por las declaraciones sin aspaviento alguno de Tara, respondió con vacilación:

—No, no tanto… es decir…

—¿Tiene usted miedo, Karl? No se preocupe, el algoritmo no tiene control absoluto, créame: diariamente lanzo diatribas

a este sistema y a mi poca adaptabilidad a los roles dados, y hasta el momento no he tenido represión alguna.

—Entiendo —afirmó Karl con suma resignación.

—Le propongo algo arriesgado, Karl. Le cuento: antes del revuelo de las realidades encapsuladas, estudiaba el control programático y binario de los algoritmos que establecen relaciones entre los objetos y sus funciones; sin embargo, al consumir las cápsulas de realidad, tuve que dejar mis estudios y caer profunda en esta estúpida amnésica labor diaria y, ante todo, sobrevivir.

—Pero, ¿cuál es la propuesta arriesgada? —Karl interrumpió.

—Lo siento, tiene usted razón… En fin, antes de pasar el día, necesito que me acompañe a ver las fluctuaciones que he visto en el oriente, sé que algo no anda bien allí y hasta este momento en que lo conozco a usted, siento que posee la misma incertidumbre sobre su existencia que yo. Jamás el algoritmo me ha dotado en un rol con fuerza o siquiera armas, así que lo necesito a usted. ¡Acompáñeme!, vamos a revisar el absurdo de esta realidad.

—Pero… Tara, recuerde que debemos cumplir el rol, soy por lo visto un caballero y usted una campesina, al finalizar esta supuesta simulación debemos cumplir cada quién nuestras asignaciones.

—Acaso eso le importa, Karl, ¿no quisiera satisfacer la duda e ir a buscar una posible respuesta?

—Está bien…

Karl partió con una disposición renuente hacia el oriente, entendió que nadie visitaba la supuesta fluctuación porque nadie desviaba su camino en la imposición de roles, es decir, todos seguían el designio de su arquetipo. Al llegar, después de una larga hora e intrépidas acciones sorteadas bajo el ambiente hostil e inclemente de la fauna y de escarpados caminos montañosos, llegaron a la fluctuación. Era un agujero negro sin fuerza alguna, a través de él podían divisarse millares de códigos que intercambiaban su valor entre 1 y 0, segundo a segundo. No pudieron siquiera acercarse a palpar lo que veían. Karl desenvainó su espada esperando a que sucediera cualquier cosa; sin embargo, Tara entró en un sollozo incontrolable y cayó al piso rendida, como si hubiese recibido la peor noticia de su vida.

—¿Qué pasa, Tara?, ¿qué es todo esto?

—Temía encontrar la verdad, en mí yacía la esperanza de que todo fueran puras suposiciones vacías. Pero no, Karl…, esos códigos que usted ve son la prueba de que nuestro mundo, usted y yo, solo somos una programación con cierta consciencia. En realidad no existimos…

—¿Qué?, no me tome por estúpido y dígame con prisa qué es lo que está pasando aquí.

—Usted y yo teníamos razón, cada quien a su manera… Los códigos que ve son solo un error en la programación, se lo demostraré.

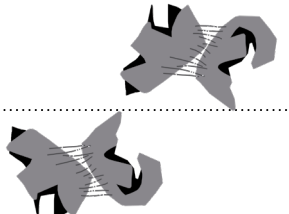
Tara se despojó de un pequeño colgandejo que suponía cierta importancia en su vida y lo lanzó al agujero. El objeto al estar allí se transformó en los mismos códigos que podían percibir y dijo:

—¿Ahora lo entiende? Puede corroborarlo usted mismo, Karl: cualquier realidad palpable está compuesta por estos códigos, que no son más que la programación binaria de esta simulación. No somos reales, concretamente no existimos.

—Pero, ¿cuál es entonces nuestra razón de ser? Tara, no puedo creerlo. ¿Quiere usted decir que tengo recuerdos de eventos que jamás pasaron?

—Karl, no tenemos razón, alguien nos maneja. Es más, puede que esta conversación que usted y yo tenemos estaba dispuesta ya por algo más… y además, nada ha pasado, todo ha sido programado.

Así, Karl y Tara, sumidos en una sublime tristeza de quien encuentra el origen y la razón de su existencia, se toman de la mano y se lanzan al gran abismo binario volviendo al código fuente que posiblemente les dio vida. Partieron sin dejar rastro alguno, comprendiendo además que su existencia estuvo siempre articulada por una fuerza mayor, un control panóptico de su realidad y de sus acciones.



LA RAZÓN DE SER POLVO

CRISTIAN CAMILO VARGAS ORTEGA

Me siento polvo, del que sacuden cotidianamente para luego aparecer de nuevo
cubriendo los muebles y los estantes,
opacando la vida de una casa y el relucir del color madera.
Polvo omnipresente e interminable.

Me siento polvo, del que se muestra sin miedo, del que no le da vergüenza ensuciar el
aspecto de una casa y al otro día encontrar un espacio en la basura.
Abundante, odiado o ignorado.

Me siento polvo, porque convivo con los demás siendo invisible, siempre prestando
atención en el momento en que lo noten, aunque casi siempre lo notan tarde.
Polvo silencioso e invasivo, pero siempre constante.

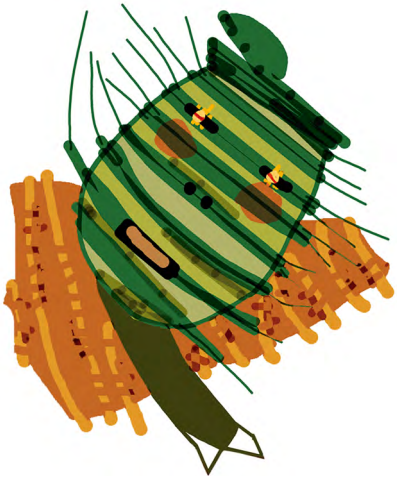
Me siento polvo porque es la manera en la que sobrevivo,
perjudicando a algunos y beneficiando a pocos.
Polvo envidioso y prepotente.

Me siento polvo porque soy incontrolable y no le pertenezco a nadie.
Intervengo en todo y puedo dañar a los más débiles.
Polvo nocivo y fatal.

Me siento polvo porque a veces soy denso, capaz de ser intolerable,
y otras veces soy liviano, sutil, inofensivo, vulnerable.
Polvo leve y pesado.

Me siento polvo porque sé que en algún momento flotaré atrapado por el viento,
seré regado en diferentes lugares y me fundiré con lo realmente perdurable.

Me siento polvo porque es mi destino, en el que ya dejé de preocuparme,
porque al fin entendí que hago parte de algo tan grande que no le pertenece a nadie.
Polvo eterno, libre y trascendente.



MALABARISMO

DAVID OSPINA VILLAMARÍN

Cobijas volando, peluche y cinco minutos más.
Anclada al borde de la cama,
ducha caliente y eterna.
Pérdida de ~~tiempo~~.

La maleta, los cuadernos y las crayolas.
La tarea que no se hizo y el juguete roto.
El cereal de colores y los zapatos al revés.
Normalidad de ~~tiempo~~.

Sándwich y jugo de guayaba.
Trenzas y jardinera.
Chaqueta, gorro y lonchera.
Control de ~~tiempo~~.

Llaves, reloj y café.
Crema de dientes y la mancha blanca en la camisa.
Los zapatos al derecho.
Malabarismo con el ~~tiempo~~.

¿Por qué te niegan, abuelo?

Divis Astrid Corredor Forero

¿Por qué te niegan, abuelo?
Columna vertebral de la familia,
sabiduría viva ante el acto inminente,
consejo en el momento justo con amor ferviente,
amor de hijo, amor de padre, amor de abuelo,
llevas en tus hombros el peso de los años sin freno.

¿Por qué te niegan, abuelo?
Desconocen las raíces y el legado que has dejado,
presumen ser citadinos olvidando dónde se han criado,
dejando en un rancho a un viejo abandonado
a quien convierten en una parada de paso.

¿Por qué te niegan, abuelo?
Si con tus manos labraste las entrañas de la tierra,
tu sudor dejaste en las cosechas,
tu piel tostada por el sol inclemente lo demuestra,
trabajando día y noche en el trapiche o en la huerta
sin permitirte descanso alguno porque en la
mesa afecta.

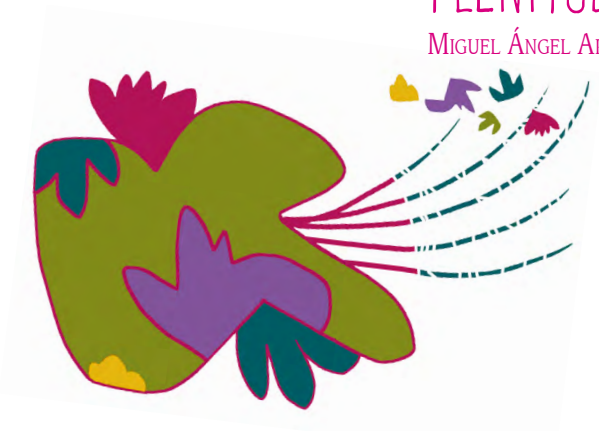
¿Por qué te niegan, abuelo?
Educaste sin temor, no tenías tiempo de dudar,
intentando siempre dar un futuro mejor
pues la vida que te tocó te mostró su lado más duro
y solo a veces con ayuda de la suerte la viviste
sin apuros.

¿Por qué te niegan, abuelo?
Ahora que estás cansado, viejo y achacado,
ahora que caminas de la mano con la muerte
sin que ningún ser mundano lo haya notado,
lento y sin preocupaciones vas hacia el final solitario
porque los tuyos no tienen tiempo para ti.

¿Por qué te niegan, abuelo?
Ya en el sepulcro te apena escucharlos llorar,
nunca quisiste que te recordaran cuando ya no estés,
por fin la familia reunida, pero repartiendo culpas,
herencias y no sé qué más,
y si así es el final,
ahora… ¿para qué te recuerdan, abuelo?

PLENITUD Y VIDA

MIGUEL ÁNGEL APARICIO BECERRA



La plenitud es un estado de la conciencia que se satisface lejos de la materia, alejado de los sentidos originarios, el primer paso es la reflexión y el primer fracaso comienza llenando el vacío.

El todo se encuentra en la atención de sí mismo, no en la búsqueda acuciosa de caminos fértiles. Porque sembrar significa reconocer la tierra, mientras exista voluntad para cultivar, la semilla caerá del cielo, porque el fruto sólo emerge después de arado el espíritu. Por ello, solo el éxtasis del presente, la admiración de la bonanza y la renuncia del mañana nos acercarán al rostro del universo.

El delirio está en el paso tenue de los ancianos, en la mirada cansada del campesino, en la sonrisa lela del amante, en un gesto involuntario de mamá, en la historia inconclusa del ayer, en un beso cómplice de recreo, en el abrazo de noche, en la fragilidad de la flor, en la custodia de un secreto, en el olor a madrugada, en el arrebol vespertino, en un berrinche sin causa, en el hormigueo del prado, en el llanto furtivo, en el son navideño, en la caricia inocente, en el dolor propio de la existencia.

Porque es el ínfimo polvo de las hierbas el que enaltece los sabores de una mesa servida... porque el platillo de la simpleza se pasa con sorbos de felicidad.

OTRA PERSPECTIVA

EDISSON SANTIAGO AVENDAÑO RODRÍGUEZ

Así como los días grises que desgastan,
existen los días soleados que por el contrario
renuevan la sonrisa en mi cara.
Inmóvil, como si siempre estuviera ahí,
como si nunca careciera de felicidad, así me siento.
Invencible
con la dicha cargándome en sus hombros,
como si fuera el más importante del mundo,
como si todos me conocieran y me sonrieran.

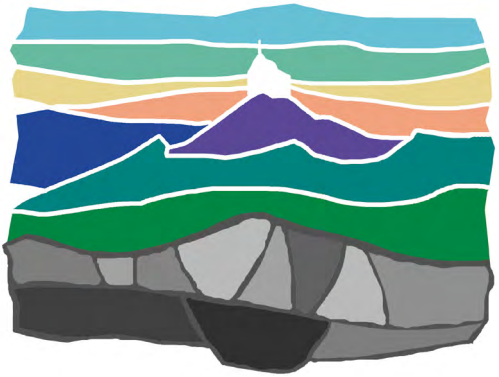
Los niños me contagian de su inocencia y festividad.
Camino dando pequeños saltos, bailando con el viento en cada intervalo.
Mi alegría resulta contagiosa, la luz de mis ojos se ilumina por donde vaya, me siento como el sol, centro de todos.
Hago de la tempestad la calma, de la desdicha la paz,
del frío el calor de un cuerpo enamorado.

Cuando la noche se desborda por el cielo, me siento como la luna,
como un rayito de luz en la oscuridad,
le doy el toque de encanto a esta velada,
resalto las luces de la ciudad y la calma se mantiene en las sombras.

Me siento luna llena para los enamorados,
me siento luna nueva cerrando y abriendo ciclos.
Me mantengo energético,
tengo en mí el ritmo de la mejor canción, qué perfección.
Hoy me siento el mejor.
Solo hace falta desmoronarme para poder acomodarme a un molde mejor.

BOGOTÁ

Luisa María Gómez Suárez



¿Qué poema es Bogotá?
Agotables e interminables avenidas como párrafos sin puntuación
Oxidados saxofones acompañan los versos que se escriben en el camino
Las clases no se mezclan y no riman, cual estrofas sin sentido.

¿Qué canción es Bogotá?
Cantos liderados por aves al primer rayo de sol
El sonido de los monstruos con motor refleja el afán que no es ajeno a nadie
Partitura de negras y blancas
La ciudad de todos y ninguno.

¿Qué lienzo es Bogotá?
Brochazos de rebeldía en históricas paredes
Rayones sobre asfalto brillan en las noches de frío abrumador
Como pinceladas verdes se levantan los cerros, adornados con un templo a su creador.

¿Qué teatro es Bogotá?
Escenas de terror bajo puentes o sobre la carrera cuarta
Un drama en cada esquina de parejas embriagadas
Y el suspenso que ocasiona el caminar sus oscuros callejones.

¿Qué ciudad es Bogotá?
Arte por doquier que muchos consiguen ignorar
Viejas y modernas calles, que pocos tratan como propias y la mayoría como ajenas
Por ello me pregunto: ¿qué será de ti?, ¿qué será de la vieja Atenas?

UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

Sapientia aedificavit sibi domum

Editado por la Universidad Católica de Colombia,
en julio de 2021. Diseñado con tipografías Advisor SSi de
nueve puntos y Frente H1.

Bogotá, D. C., Colombia

COLECCIÓN

PRE-TEXTOS

En pleno momento de pandemia y aislamiento, un grupo de estudiantes de la Universidad Católica de Colombia usó la escritura como una herramienta para hacer frente a la nueva realidad a través del despliegue de perspectivas y ficciones alternativas. Este libro es el resultado del ejercicio creativo de la electiva El arte de escribir y la creación de mundos (2020), un espacio centrado en la formación literaria que desde hace algunos años viene reuniendo y publicando las mejores producciones de sus participantes.

Esta recopilación de cuentos y poemas constituye un enorme esfuerzo por parte de sus autores, que superaron el temor a la hoja en blanco y a la crítica literaria, y se atrevieron a narrar de forma contundente y sagaz relatos que transitan por lugares existenciales, urbanos, chamánicos e incluso futuros distópicos. El ejercicio que acá se plantea no se queda solo en la idea del sujeto creador, sino que busca además que el lector termine de tejer el puente narrativo y se conecte desde sus propias historias y fantasías.